

La evolución de las mujeres en la fuerza de trabajo:
patrones de participación y formas de inserción en el Área
Metropolitana de Buenos Aires

Tesina para obtener el título de Licenciada en Sociología.

Carrera de Sociología.

Instituto de Altos Estudios Sociales. UNSAM.

Alumna: Analía Ameijeiras

Directora: Dra. Marcela Cerrutti.

Fecha: Noviembre 2016.

LA EVOLUCIÓN DE LAS MUJERES EN LA FUERZA
DE TRABAJO: PATRONES DE PARTICIPACIÓN Y
FORMAS DE INSERCIÓN EN EL ÁREA
METROPOLITANA DE BUENOS AIRES

Autora

Analía Ameijeiras

Directora

Marcela Cerrutti

Evaluador

Resumen

Este trabajo aborda el incremento en la participación laboral femenina en el AMBA desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad. Para ello, analiza los determinantes por los que en distintos momentos de la historia las mujeres han decidido ingresar al mercado de trabajo. Asimismo examina si los patrones de participación han variado a lo largo de las últimas dos décadas. En este sentido, inicialmente se plantea analizar los cambios en la influencia de características individuales y familiares que afectan la participación laboral y seguidamente identificar si el incremento de la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo ha venido acompañado de patrones de participación más estables.

La estrategia metodológica utilizada es cuantitativa mediante el uso transversal y de tipo panel de los datos oficiales de la Encuesta Permanente de Hogares entre 2011 y 2014.

El primer capítulo describe la situación laboral de las mujeres hasta los años 70. Allí la participación se correspondía con el momento del ciclo de vida de la mujer y respondía a una necesidad económica o a un crecimiento e independencia personal.

El segundo capítulo analiza los cambios atravesados en la década del 80 y 90. En respuesta a la crisis económica se produce una adopción del modelo de doble proveedor y una mayor incorporación a la PEA por parte de las mujeres. En muchos casos, el ingreso al mercado de trabajo es intermitente, en condiciones precarias y de subempleo.

El tercer capítulo aborda la situación ocupacional en el comienzo del siglo XXI. La disminución del desempleo y la reducción de las brechas entre géneros se destacan como cambios positivos. Sin embargo, las desigualdades continúan principalmente para las madres, las mujeres con menores niveles educativos y las pobres e indigentes.

Por último, el cuarto capítulo compara los nuevos resultados con los datos y análisis realizados en el pasado. Entre los principales hallazgos se encuentra un crecimiento de la estabilidad que no está directamente ligado con mayores oportunidades para las mujeres sino fundamentalmente con mejoras en los niveles educativos de éstas. A pesar del crecimiento económico, para aquellas con niveles educativos más bajos la intermitencia e inestabilidad laboral continúan siendo una de las principales formas de inserción.

Agradecimientos

Quisiera agradecer, en primer lugar, a mi directora Marcela Cerrutti quien no solo me acompañó y aconsejó incansablemente durante todo este proceso sino también depositó su confianza en mí innumerables veces, inclusive cuando la mía flaqueaba. Mi mayor admiración y afecto hacia ella.

También quisiera agradecer a Sebastián Pereyra y Gabriel Noel. A Sebastián por haberme acompañado en mi proyecto de tesina anterior y nunca haberse dado por vencido conmigo; y a Gabriel que desde que ingresé a la UNSAM, y a lo largo de toda mi carrera, estuvo siempre para guiarme.

Agradezco también a mis compañerxs de cursada, por hacer la carrera mucho más interesante y divertida: Cintia, Claudia, Maxi, Daniela, Belen, Melina, Marcelo y Omar.

Muchas gracias a Rocío por leerme, por ser dedicada y meticulosa con sus devoluciones.

A mi familia, quienes apoyaron todas las decisiones que he tomado en mi vida adulta y quienes siempre hicieron todo lo que estuvo a su alcance para hacerme feliz.

A mis amigxs: a las de siempre Fer, Flavia y Daiana y a lxs pascales que lograron que todos los días quiera ir a trabajar con una sonrisa. Y gracias a mis amigas feministas: Silvina, Rocío, Agustina, Rosario, Florencia y Nadia. Gracias por los chistes, por bancar mi ansiedad y por emocionarse con mis alegrías. Su compañía y amor me transformaron completamente y me motivan a pelear todos los días por aquello en lo que creemos.

Me gustaría mencionar la fiel compañía de Tita y agradecer a mi compañero, Mario. Sus consejos me ayudaron en todo este proceso, recorriendo conmigo un camino de intenso aprendizaje. Estoy convencida que nuestra mutua admiración alimenta constantemente la vida que construimos juntos. Mi más ardiente amor hacia él.

Por último, quisiera realizar una pequeña reflexión. Alguna vez leí que las palabras son una fuente inagotable de magia: a lo largo de mi vida me vi atravesada por miles de relatos y cuentos que nutrieron mi ansiosa imaginación, así también las canciones que muchas veces acompañaron, en una especie de banda sonora, esas lecturas. A todas esas historias les dedico la siguiente tesina.

ÍNDICE GENERAL

Introducción	p. 6
Objetivos de la investigación.....	p. 9
Datos y métodos.....	p. 10
Un breve recorrido histórico	p. 13
Participación económica femenina a partir de los 80	p. 20
La intermitencia en la década de los 90.....	p. 23
Las desigualdades de género en el nuevo milenio	p. 27
Ser mujer, madre y asalariada.....	p. 29
Cambios en los patrones de participación	p. 34
La participación económica femenina en AMBA.....	p. 35
Las entradas y salidas de la fuerza de trabajo.....	p. 38
Los factores de la oferta: estabilidad y nivel educativo.....	p. 40
Familia y patrones de participación.....	p. 42
Inestabilidad y características ocupacionales.....	p. 43
Conclusiones	p. 46
Bibliografía	p. 48

Índice de cuadros

Cuadro 1. Tasa de desempleo según sexo y grupos de edad en AMBA. 1994-1999.

Cuadro 2. Tasa de desempleo según sexo y nivel educativo en AMBA. 2004-2009.

Cuadro 3. Edad promedio de las jefas o cónyuges madres al tener sus hijos e hijas según máximo nivel educativo alcanzado en AMBA. 2006-2012.

Cuadro 4. Mujeres de 15 años y más clasificadas por si fueron o no económicamente activa alguna vez a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según grupos de edad en AMBA. Período 1991-1994 y 2011-2014.

Cuadro 5. Mujeres de 15 años y más que fueron económicamente activas alguna vez a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según el patrón de participación y grupos de edad en AMBA. Período 1991-1994 y 2011-2014.

Cuadro 6. Mujeres de 15 años y más clasificadas por sus patrones de participación a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según nivel educativo en AMBA. Períodos 1991-2014 y 2011-2014.

Cuadro 7. Mujeres de 15 años y más clasificadas por sus patrones de participación a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según posición en el hogar en AMBA. Períodos 1991-2014 y 2011-2014.

Índice de gráficos

Gráfico 1. Tasas de participación femenina según edad. Argentina 1947, 1960 y 1970.

Gráfico 2. Tasas de participación femenina según edad en AMBA. 1994-1999.

Gráfico 3. Tasas de actividad femenina por edad en AMBA. 1994 y 2014.

Gráfico 4. Tasas de actividad femenina por nivel educativo en AMBA. Mujeres entre 14 y 49 años de edad. 1994 y 2014.

Gráfico 5. Tasas de actividad femenina por estado civil, mujeres de 15 años y más en AMBA. 1994 y 2014.

Gráfico 6. Patrones de participación laboral de varones y mujeres a lo largo de 4 observaciones en 18 meses en AMBA. Período 2011-2014.

Gráfico 7. Mujeres de 15 años y más ocupadas en AMBA. Porcentaje que trabajan hasta 35 horas semanales, según patrón de participación laboral a lo largo de 18 meses.

Gráfico 8. Mujeres de 15 años y más ocupadas clasificadas por categoría ocupacional e informalidad, según patrón de participación laboral a lo largo de 18 meses en AMBA.

Introducción

Hace más de dos décadas la acelerada incorporación de las mujeres al mercado de trabajo ponía en evidencia una serie de dificultades con las que se encontraban las mujeres para el desempeño de su rol económico. Estas dificultades por cierto no afectaban a todas las mujeres por igual dependiendo en gran medida de su situación de clase y de la necesidad de compatibilizar el rol doméstico y su participación en el mercado de trabajo. Un rasgo distintivo de las restricciones era la elevada inestabilidad en la participación laboral de mujeres con restricciones de tipo domésticas y bajos perfiles de educación.

Hasta los años 80 en la Argentina, la salida de la mujer al mercado laboral se vinculaba, dependiendo de su nivel de ingresos, de las necesidades económicas o de expectativas de desarrollo personal o profesional

Tan solo unas décadas atrás, el matrimonio constituía una de las instituciones más importantes en la vida de las mujeres, delimitando detalladamente las expectativas sociales y los roles de mujeres y varones: las primeras debían encargarse de la vida privada de la familia en su rol de amas de casa y madres mientras que los segundos se ocupaban de la vida pública, a través de la patria potestad de los hijos, el manejo de los bienes personales de su esposa y principalmente solventando cualquier necesidad económica del hogar.

La llegada de la década del 80 y de los 90 representó un cambio en los roles de género y un aumento significativo en la participación de las mujeres en actividades económicas, lo que implicó la extensión de un nuevo modelo familiar de doble proveedor que impuso una serie de retos a la conciliación entre trabajo y familia.

En familias con núcleos completos la contribución de ambos cónyuges para alcanzar ciertos niveles de bienestar es hoy indiscutible, muestra clara de ello es que la incidencia de la pobreza en hogares con doble proveedor es más baja que en los hogares en los que la mujer no contribuye con ingresos al hogar (Cerrutti y Binstock, 2009).

Si bien la difícil situación económica propulsó en gran medida la decisión de las mujeres de participar en el mercado de trabajo jugaron también un rol esencial otros aspectos sociales, institucionales y culturales. Tal como se sostenía varias décadas atrás, la incorporación de las

mujeres en el mundo del trabajo guarda un estrecho vínculo con procesos más amplios de secularización y ruptura con valores de género tradicionales (Recchini de Lattes, 1980). La obtención de niveles educativos superiores no solo redundó en que muchas mujeres accedieran a un espectro más variado de ocupaciones y posiciones ocupacionales más gratificantes sino que contribuyó a modificar y redefinir gustos, aspiraciones y proyectos personales individuales. En este sentido y como sostuvo Wainerman en un trabajo pionero en la Argentina, la educación contribuyó “a redefinir el gusto por las tareas inherentes al desempeño del rol doméstico y a modificar la posición de las mujeres dentro de la estructura familiar” (Wainerman, 1979: 511).

Sin embargo, la decisión de participación de las mujeres en el mercado de trabajo presentaba dificultades para ocupar efectivamente un puesto de trabajo. El ingreso a la Población Económicamente Activa (PEA) no se expresó solo en el aumento del desempleo abierto sino en el tipo de ocupaciones a las que accedían, la intensidad y la inestabilidad de su participación. En este sentido, un rasgo característico de la participación económica femenina fue el de sus frecuentes entradas y salidas de la fuerza de trabajo, es decir su intermitencia. Casi un cuarto de las mujeres que formaban parte de la PEA lo hacían de forma intermitente, en otras palabras, en un periodo corto de tiempo tenían al menos dos cambios en su condición de actividad (Cerrutti, 2000).

Esta inestabilidad se debió a complejos factores vinculados a la oferta y demanda laboral. Las mujeres con patrones laborales intermitentes eran, en su mayoría, aquellas que tenían bajos niveles educativos¹ y convivían en sus hogares con su cónyuge e hijos pequeños. Sobre los factores de demanda, las nuevas leyes sobre flexibilización laboral hicieron lo suyo. La oferta de empleos inestables y precarios eran muchas veces aceptados por estas mujeres que por su falta de formación o sus complicaciones en el hogar se veían obligadas a acceder a empleos sin beneficios sociales, por pocas horas y mal pagos (Cerrutti, 2000).

Pasados unos pocos años luego del inicio del nuevo milenio, la Argentina comienza a transitar un período que durará varios años de elevadas tasas de crecimiento económico y generación de empleo. Como consecuencia, disminuyen notablemente las tasas de desempleo abierto; las que pasan de un 16,1% en 2003 a 7,1% en el 2012. Asimismo, las tasas de empleo se incrementan durante el período, evidenciando la reactivación económica. Si en 1994 alrededor del 55% de las

¹ Secundario incompleto o menos

mujeres entre 30 y 34 años de edad residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires formaban parte de la fuerza de trabajo, veinte años más tarde ese porcentaje ascendía al 73%. Este incremento en la participación laboral ocurre en un contexto de mejoramiento de las condiciones laborales, luego de la crisis económica experimentada en el 2001.

No obstante, en la participación sostenida de las mujeres en el mercado de trabajo se ponen también en juego las dificultades para compatibilizar dicha participación con las tareas de cuidado en el seno de sus familias, las restricciones para acceder a determinados empleos (y el nivel de ingresos ofrecidos en los empleos disponibles) y los potenciales conflictos familiares que se derivan de dicha participación. Como lo han señalado Esquivel, Faur y Jelín (2012) las encuestas sobre uso del tiempo muestran de manera sistemática que la carga doméstica no está distribuida de manera igualitaria entre los miembros adultos del hogar. De hecho, en los hogares en los que dichas demandas no se resuelven accediendo a servicios públicos o mediante la adquisición de servicios en el mercado son las mujeres las que las realizan, en algunos casos en forma exclusiva.

A pesar de los notables avances en materia de reconocimientos de los derechos de las mujeres (Pautassi, 2013), su creciente presencia en la fuerza laboral no siempre ha sido acompañada por circunstancias y políticas que faciliten esa participación, lo que ha redundado en una sobrecarga de responsabilidades. Más aún, se ha señalado que las políticas que favorecen el acceso a derechos de niños, niñas y adolescentes mediante el otorgamiento de ingresos de manera condicionada recarga a los miembros del hogar, en particular a las madres, con la responsabilidad de garantizar el acceso a la salud y a la educación (Rodríguez Enrique, 2011; Pautassi, Arcidiácono y Strachnoy, 2012).

Por lo tanto, las diversas demandas de tiempo que reciben las mujeres terminan operado sobre las decisiones que éstas toman a la hora, no solo de decidir trabajar o no, sino también del tipo concreto de trabajo que se puede o quiere realizar.

El presente trabajo surge con la idea de revisar las transformaciones ocurridas en las formas en las que las mujeres se insertan en el mercado de trabajo de los últimos años. La inspiración para hacerlo proviene del estudio citado realizado en la década del 90 por Marcela Cerrutti sobre la intermitencia en la participación femenina en la fuerza de trabajo del Área Metropolitana de

Buenos Aires. En su investigación, como se señalará, se había puesto de manifiesto que una proporción bastante elevada de las mujeres entraba y salía de la fuerza laboral aún durante períodos cortos de tiempo. Si bien las entradas y salidas de las mujeres a la fuerza laboral habían sido tradicionalmente vinculadas con cambios en el curso de vida familiar, empleando datos de tipo panel para un periodo corto de tiempo, se encontró que la inestabilidad de corto plazo es muy frecuente y que es el producto de factores que van más allá de los cambios en el ciclo de vida individual y familiar. Se mostró que la intermitencia es mayor entre las mujeres con baja educación, y cónyuge presente en el hogar e hijos.

Veinte años más tarde colaboré con Marcela Cerrutti a dar respuesta a la siguiente pregunta: ¿En qué medida los avances de las mujeres en el ámbito laboral vinieron acompañados de una mayor estabilidad en su participación económica? Los resultados de esta nueva investigación se presentaron en forma de ponencia en coautoría con Marcela Cerrutti en el VII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población e XX Encuentro Nacional de Estudios Populacionais, Foz de Iguazú del 17 al 22 de octubre de 2016 y forman parte de la presente tesina.

Objetivos de la investigación

Dadas las significativas transformaciones en el mercado de trabajo, en la familia y en las relaciones entre géneros, cabe preguntarse en qué medida estos cambios han repercutido también en los patrones de participación de las mujeres en el mercado de trabajo, en otras palabras, ¿se ha tornado su participación laboral más estable?

Entendemos que los 20 años que nos separan de los 90 fueron años de importantes transformaciones no solo en la situación económica del país sino también en las relaciones de género e intrafamiliares. En muchos sentidos sus implicancias han sido positivas respecto al papel de las mujeres en la sociedad, quienes parecen verse hoy en mejor posición que antaño a la hora de salir al mercado de trabajo y elegir, en la medida de sus posibilidades, qué tipo de trabajo quieren y en qué condiciones.

Comprender la influencia de factores individuales y familiares en los patrones de participación laborales constituye uno de los dos objetivos centrales del estudio. El otro será, mediante el estudio tipo panel de corto plazo, examinar en qué medida se ha incrementado la estabilidad en la participación laboral de las mujeres y cuáles son los factores que contribuyen a este patrón.

Finalmente, el trabajo se propone explorar las consecuencias de la intermitencia en la calidad del empleo.

Estos objetivos propuestos permitirán no solo aclarar la situación laboral de muchas mujeres sino también plantear las bases para futuros estudios que exploren las aristas que este trabajo no llegue a abordar y proponer políticas públicas que otorguen igualdad de posibilidades de inserción al mercado de trabajo para hombres y mujeres.

Datos y métodos

El estudio emplea una estrategia metodológica cuantitativa basada en fuentes de datos oficiales. Se utilizan datos provenientes de diversas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares correspondientes al Área Metropolitana de Buenos Aires, de dos maneras: transversal y como panel de corto plazo. El uso transversal tiene el propósito de poner en evidencia los cambios en la propensión a participar del mercado de trabajo de las mujeres de 15 años y más entre los años 1994 y 2014, así como la relación entre dicha propensión y rasgos sociodemográficos y familiares.

El uso panel de datos de la EPH permite el seguimiento de las personas por varias observaciones a lo largo del tiempo, lo que permite examinar sus entradas y salidas de la fuerza de trabajo y los factores asociados a dichos patrones de participación. Más explícitamente, la EPH contiene muestras de paneles rotativos, los cuales permiten la realización de estudios cuasi longitudinales al proporcionar información a nivel individual o agregado sobre las variaciones que pudieran producirse o no en relación a las propiedades de interés en las sucesivas observaciones de la misma unidad a lo largo de un período de tiempo. El esquema de rotación se denomina 2-2-2, por el cual una vivienda es seleccionada por dos trimestres consecutivos, se retira de la muestra durante dos trimestres, e ingresa nuevamente por dos trimestres consecutivos más.

Para este trabajo se seleccionaron siete paneles entre 2011 y 2014, comprendidos entre el segundo trimestre de 2011 y el primero de 2014 (Esquema 1). Cada panel se conforma por cuatro observaciones trimestrales de encuestas realizadas a los mismos integrantes de cada hogar participante. Del total de 7697 casos entre hombres y mujeres en AMBA, 3295 casos corresponden a mujeres mayores de 15 años, a las cuales, gracias a este sistema de paneles, se les pudo rastrear sus respuestas en los cuatro trimestres que fueron encuestadas.

Esquema 1. Descripción del proceso de selección de los datos para la construcción de paneles sucesivos.

Trimestre	Año	PANEL 1	PANEL 2	PANEL 3	PANEL 4	PANEL 5	PANEL 6	PANEL 7
Segundo	2011	1ra Onda						
Tercero	2011	2da Onda	1ra Onda					
Cuarto	2011		2da Onda	1ra Onda				
Primer	2012			2da Onda	1ra Onda			
Segundo	2012	3ra Onda			2da Onda	1ra Onda		
Tercero	2012	4ta Onda	3ra Onda			2da Onda	1ra Onda	
Cuarto	2012		4ta Onda	3ra Onda			2da Onda	1ra Onda
Primer	2013			4ta Onda	3ra Onda			2da Onda
Segundo	2013				4ta Onda	3ra Onda		
Tercero	2013					4ta Onda	3ra Onda	
Cuarto	2013						4ta Onda	3ra Onda
Primer	2014							4ta Onda
Total casos		1275	1121	1062	1146	1016	1118	959

Si bien este nuevo esquema de rotación es diferente al empleado en el estudio original sobre la intermitencia y por lo tanto los resultados no son estrictamente comparables, constituyen los únicos disponibles para el estudio de este fenómeno. En el estudio original la base contaba con 4 observaciones de las mismas personas relevadas cada seis meses, es decir los paneles tenían una duración de 18 meses.

Al igual que en la investigación original, los patrones de participación laboral fueron definidos a partir de la variable condición de actividad de la siguiente manera:

- a) Siempre activa: económicamente activa en los cuatro relevamientos; b) siempre inactiva: económicamente inactiva los cuatro relevamientos; c) entró a la fuerza de trabajo: hubo solo un cambio en la condición de actividad en el que se pasó de inactiva a activa; d) salió de la fuerza de trabajo: hubo solo un cambio en la condición de actividad en el que se pasó de activa a inactiva; e) intermitente: se efectuaron al menos dos cambios en la condición de actividad.

En base a dichos patrones se examinará en primer lugar si existen variaciones significativas en relación a los detectados veinte años atrás. De ese modo se cotejará si el incremento en la mayor propensión a participar en actividades económicas evidenciado en las últimas dos décadas ha venido o no acompañado de patrones de participación más estables. Seguidamente se examinará

la asociación existente entre dichos patrones de participación y características relativas a la oferta (es decir de carácter individual y familiar). Finalmente se establecerá si el tipo de ocupación o condiciones laborales observadas en la primera observación guardan relación con el patrón de participación posterior.

Un breve recorrido histórico: De la domesticidad al modelo de mujer ¿independiente?

“Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa”

Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*

Durante gran parte del siglo XX dentro de la clase media y alta de la Argentina ser mujer y estar casada era sinónimo de ser ama de casa. Bajo la denominada “ideología de la domesticidad”, en las primeras décadas del siglo XX la identidad femenina se fundaba en la maternidad y la identidad masculina en la provisión material (Queirolo, 2007). El carácter transitorio y complementario del trabajo asalariado femenino conformaba la excepcionalidad de la cuestión. Por subsistencia, separación, viudez o jefatura de hogar, la mujer impulsaba su salida al mercado de trabajo en detrimento de su rol “natural” materno.

Sin embargo, ya para 1947 en la Ciudad de Buenos Aires, las mujeres representaban el 31% de la población económicamente activa. En 1970 esa cifra había subido al 35% (Cosse, 2010). Estos cambios se vieron acompañados por un crecimiento en el nivel educativo de las mujeres: dos tercios de las mujeres entre 20 y 24 años tenían el secundario completo, y la mitad el nivel universitario o superior. A pesar de la desestabilización que ésta representaba, se cristaliza el “modelo de la mujer independiente, moderna o liberada, que no solo asumía el interés que le despertaba la sexualidad sino que, además, rechazaba la condición de ama de casa y valorizaba la realización extradoméstica” (Cosse, 2010:136). Este nuevo modelo de mujer a la vez que entra en fuerte conflicto con el mandato maternal no significa lo mismo para todas las mujeres. Mientras que salir a trabajar para la mujer de clase media representaba elevar el estándar de vida o alejarse de la esclavitud del hogar, para la mujer de clase obrera significaba afrontar los problemas económicos del hogar. La representación y el anhelo por la liberación doméstica tenía un público acotado conformado por generaciones jóvenes y de la clase acomodada.

Este capítulo abordará las transformaciones laborales de las mujeres argentinas desde la segunda mitad del siglo XX hasta finales de los años 70. También se analizará los cambios culturales que nuestra sociedad atravesó para entender de una forma más amplia los cambios en el mundo del trabajo femenino.

El matrimonio, para mediados de siglo XX, era la piedra angular de la vida de cualquier hombre o mujer respetable. Casi como en cualquier novela romántica de un siglo atrás, la mujer construía su vida y formación alrededor de su objetivo principal: encontrar un marido que se convierta en su proveedor y la transforme en ama y señora de la esfera doméstica. Para el hombre la presión no era menor: entrar en la vida adulta implicaba alcanzar, a través del matrimonio, la jefatura de un hogar. El ideal femenino estaba representado en el rol de esposa, madre y ama de casa. El hombre, mientras que tenía potestad en el espacio público tenía la obligación de mantener económicamente el hogar. Su incumplimiento representaba la mayor de las deshonras. El matrimonio, a fin de cuentas, expresaba “el carácter normal o anómalo de la trayectoria personal para mujeres y varones” (Cosse, 2010: 119).

El cuestionamiento de la desigualdad en la pareja comienza a ser más notorio para esta época. La conquista del voto femenino significó un avance en la búsqueda de igualdad de género. Sin embargo, la ambigüedad que presentaba el compañerismo en la desigualdad era bastante notoria en los medios de comunicación. Ellos se encargaban de abordar los temas que a muchas mujeres preocupaban y si bien sus consejos orientaban más hacia la aceptación de la dominación masculina que a su confrontación, dejaban en claro la necesidad de que su compañero tenga en cuenta su opinión.

Bajo esta línea de pensamiento, los medios de comunicación fundaban al matrimonio “en una relación desigual, en la que compañerismo suponía considerar al cónyuge en una dinámica de complementariedad por la cual la mujer debía velar por el bienestar de su marido y este debía expresarle su consideración y respeto consultándola” (Cosse, 2010: 127).

Para 1960, los sectores más conservadores de la sociedad argentina, en especial la Iglesia Católica, creían estar atravesando una crisis del matrimonio. A pesar de esta creencia, los índices de nupcialidad no estaban en descenso. Es el ideal de conyugalidad doméstico el que entra en crisis, el modelo de matrimonio en la desigualdad con complementariedad en la inequidad. En la búsqueda de una respuesta a esta crisis, la psicología, y en especial el psicoanálisis, surge como la palabra autorizada. Si una nueva pareja quería funcionar a largo plazo su matrimonio debía basarse en la comprensión mutua, la autenticidad, la realización personal, todo bajo la creación de una identidad que trascendiera a cada individuo. Sin embargo, esta nueva ideología no cuestionaba las bases de la desigualdad de género ni la complementariedad.

Para el fin de la década del 60 las nuevas generaciones de mujeres avanzaron sobre el tradicional modelo de esposa ama de casa. Para las mujeres de clase media, la modernización se alcanzaba siendo una mujer independiente, que trabajara para sus propios gastos y para liberarse de la esclavitud que implicaba ser ama de casa. Para las mujeres obreras, trabajar no era un medio de liberación sino un medio de subsistencia.

En 1968 una reforma en el Código Civil amplió los derechos de las esposas. Esta les permitía administrar sus propios bienes y la necesidad de brindar su consentimiento para la venta de propiedades e inversiones. Este cambio introduce el debate público sobre la igualdad de género, cuestionando los privilegios masculinos. El nuevo periodismo, por su parte, mientras cuestiona el machismo en declaraciones públicas, hace evidente su prejuicio sobre estos nuevos cambios de manera más silenciosa e implícita. En este último sentido, “el humor plasmo en forma inmejorable las contradicciones entre la apertura a un nuevo orden de género y la reafirmación del dominio masculino” (Cosse, 2010: 139).

Mientras que en la década del 40 y 50 no hubo cambios significativos en relación a la participación femenina en el mercado de trabajo, en el decenio que comienza en 1960 se observa un aumento considerable en la participación. El componente que más pesa en este cambio son las tasas específicas por edad.

Recchini de Lattes describe los cambios en la participación laboral femenina a través del tiempo como una curva en U. Esta curva se describe como un descenso en la PEA hasta los años posteriores a la segunda posguerra, un sostenimiento de sus valores hasta 1960 y una fase ascendente a partir de esa fecha (Recchini de Lattes, 1980).

Estas transformaciones que atravesó la PEA femenina corresponden a la población urbana. Para la población rural el descenso de la participación masculina y femenina fue inevitable y, aunque lento, constante luego de la Segunda Guerra Mundial.

Ahora, ¿Cuáles fueron los cambios que promovieron un incremento en la participación económica femenina? En primer lugar, es importante destacar que el aumento de participación se dio principalmente en las edades centrales.

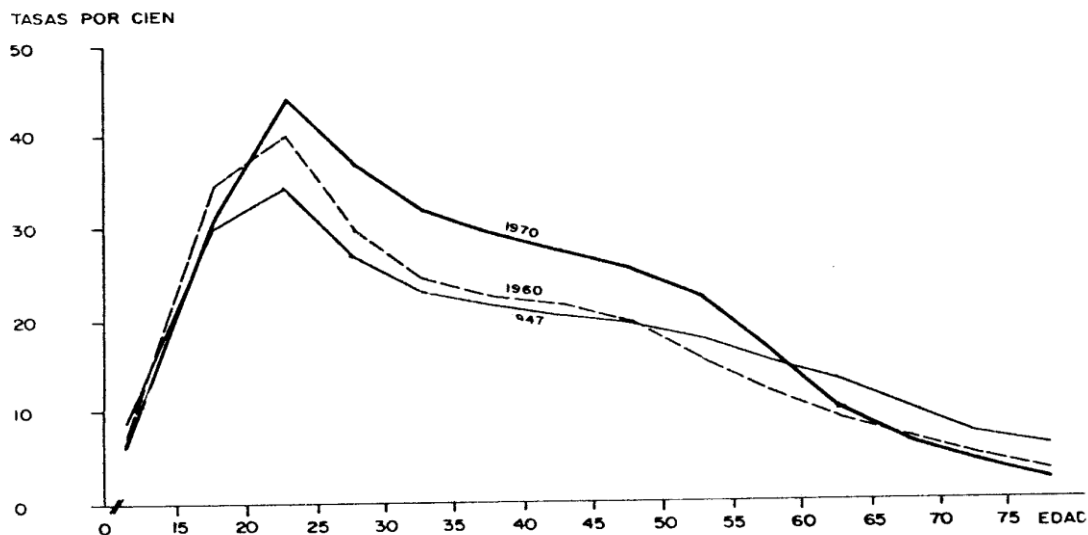
El ingreso al mercado de trabajo alcanza su punto máximo en las edades de 20-24 años, entendiendo el descenso que acompaña a continuación tiene relación con el ingreso a la vida matrimonial y la tenencia de hijos. Los grupos de edades que se encuentran en los extremos (entre 10 y 14 años y 65 años o más) han descendido en su participación: esto se debe a un aumento en los niveles de escolarización en los grupos más jóvenes y a un avance en los sistemas de retiro en el grupo de mayor edad.

Sin embargo, lo importante aquí para destacar es que el ingreso a la PEA en el grupo 20-24 años es mucho mayor entre las generaciones más jóvenes de 1970 y con un descenso menos abrupto al correr los años (Gráfico 1). En palabras de la autora, “cuanto más reciente es una cohorte, más alta es la tasa de participación a los 20-24 años y más alta en todas las edades subsiguientes, o sea que las cohortes que participan más en su juventud también participan más a lo largo de todo su ciclo vital” (Recchini de Lattes, 1980: 25).

Estas cohortes más jóvenes han trabajado más años en promedio y han tenido un descenso menos pronunciado de salida de la PEA que las cohortes anteriores a ellas.

En segundo lugar, hay un grupo de mujeres en especial que se ha vuelto más activo en el transcurso de la década del 60: las separadas y divorciadas (y en menor medida las viudas también). Estas mujeres entre 30 y 49 años se reinsertan en el mercado de trabajo o ingresan por primera vez, y superan ampliamente la participación que sus coetáneas casadas.

Gráfico 1. Tasas de participación femenina según edad. Argentina 1947, 1960 y 1970.



Fuente: Recchini de Lattes (1980): *La participación económica femenina en la Argentina desde la Segunda Posguerra hasta 1970*. Gráfico 2.

El crecimiento en la participación femenina se visibilizó en un 80% en el sector terciario y fue absorbido principalmente por aquellas mujeres con mayor grado de formación, seguido por las empleadas de oficina y empleadas domésticas.

Pero, ¿qué las motiva a entrar o salir de la PEA? Catalina Wainerman brinda algunas respuestas sobre este interrogante. Para ella, son dos los factores que van a entrar en juego: el nivel educativo y su situación familiar.

A diferencia de los hombres, la formación educativa mejora las chances de reclutamiento del mercado de trabajo y permite el ingreso a edades más tempranas, por lo cual es menos probable que se aleje al ingresar al matrimonio. Además, a mayor educación, mayores son los años de soltería y se tienen hijos más tarde y en menor cantidad. Aquellas con formación en nivel superior completo permanecen 28,3 años promedio en la actividad económica mientras que aquellas con solo primario completo 9,7 años y pasan de 0,8 en el número medio de hijos a 4,5.

Las mujeres con nivel primario completo representan la mayoría de las mujeres de la PEA principalmente por representar el 70% de la población total de mujeres para 1970. En el mercado de trabajo las solteras, separadas y divorciadas están sobrerrepresentadas, mientras que las casadas y las viudas están subrepresentadas en relación a los porcentajes en la población total.

Esto último se debe principalmente a que la presencia de un cónyuge en el hogar es un factor detractor del ingreso al mercado de trabajo, incluso mayor que la presencia de hijos.

Mientras que aquellas mujeres con compañero pero sin hijos tienen 13 años de vida activa, el número asciende a 23,7 años entre aquellas que no tienen compañero. “En la Argentina, en 1970, los datos sugieren que el efecto de impulsión que ejerce sobre las mujeres la ausencia de un compañero en el hogar supera al de retracción que de hecho ejercen los hijos para el ejercicio de una actividad remunerada” (Wainerman, 1979: 523).

El rol tradicional de la mujer dentro de la vida matrimonial explica esta sobrerrepresentación. Tal como se vio con Cosse anteriormente, el ingreso a la vida conyugal implicaba la transformación de la mujer en madre y ama de casa. Si bien para la década del 70 estas ideas estaban siendo cuestionadas por una parte de la sociedad, los datos indican que los conceptos de igualdad de género continúan en el plano de las ideas y la realidad refleja una situación más tradicional de la esperada.

En el grupo de mujeres entre 20 y 50 años solo las mujeres casadas con un nivel de instrucción superior alcanzan los niveles de actividad de las mujeres solteras, separadas o divorciadas. Lo mismo sucede con aquellas mujeres con 2 hijos y más: éstas igualan a aquellas que no tienen hijos cuando alcanzan el nivel educativo superior. Es por esto que la autora concluye que “la educación por sí misma, independientemente de las pautas maritales y reproductivas asociadas con ella, tiene efectos sustanciales sobre la propensión de las mujeres a integrar la fuerza de trabajo” (Wainerman, 1979: 528).

La educación contrarresta la tendencia femenina a salir del mercado de trabajo al tener un compañero y predispone positivamente a aquella que por necesidad debe mantenerse activa. Por su parte, la presencia de hijos en el hogar también se ve afectada por la educación. Mientras que tener hijos retira de la actividad a quien tiene bajos niveles educativos, hace poca diferencia entre quienes con altos niveles educativos y de ingresos pueden acceder a la contratación de servicios extradomésticos para cubrir las tareas de cuidado.

A pesar de los avances de las nuevas generaciones en favor de la incorporación de las mujeres a la PEA, más tarde o más temprano e indistintamente de su formación, hay un descenso en la participación laboral de las mujeres al ingresar al ciclo de vida reproductivo. Este

comportamiento es radicalmente distinto entre los varones, los cuales sostienen hasta edades de retiro su tasa de actividad.

En efecto, las dificultades para combinar vida productiva y reproductiva son un desafío para la mujer en la década del 70. Si bien varias de estas dificultades continuaran en los años siguientes, el próximo capítulo describirá cómo y de qué forma, el periodo de veinte años que se inicia en la década del 80 y las diferentes crisis económicas, impulsaron a mujeres de distintos niveles educativos y socioeconómicos a ingresar al mercado de trabajo.

Participación económica femenina a partir de los 80: el modelo de doble proveedor

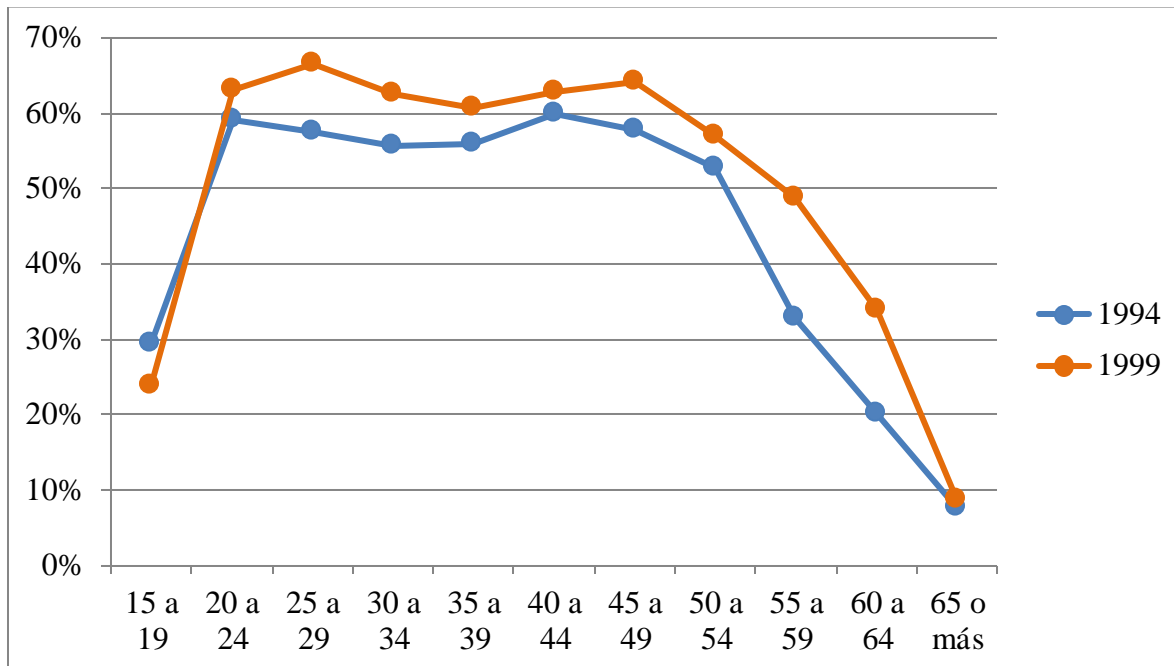
Las últimas dos décadas del siglo XX estuvieron atravesadas por una fuerte crisis económica que ocasionó empobrecimiento y desocupación. Esta última que ascendió a niveles nunca vistos en el país no solo golpeó más fuertemente a mujeres y jóvenes, sino que también lo hizo duramente en el caso de varones adultos en edades centrales. Sin duda la desocupación de jefes de hogar impulsó a muchas mujeres a ingresar a la fuerza de trabajo.

A pesar de que la expansión de la educación, la postergación del matrimonio y la reducción del tamaño de la familia impulsa la participación laboral femenina a partir de los 80, para Wainerman la propensión a concurrir al mercado de trabajo se explica además por la crisis económica. En algunos casos, particularmente de mujeres cónyuges, la incorporación en el mercado laboral funcionaba como reemplazo ante el desempleo masculino o como complemento de los aportes de los varones en la medida en que sus salarios se veían deteriorados. Por lo tanto, “la incorporación de más mujeres a la actividad laboral no puede interpretarse simple y llanamente como indicador de modernización desarrollo o crecimiento, como se entendía en los 70, cuando en la participación laboral se cifraban las esperanzas del cambio de la condición de la mujer” (Wainerman, 2003: 7).

Durante la década de 1980, el desempleo abierto era mayor entre los varones mientras que entre las mujeres dominaba la subocupación. Frecuentemente las mujeres que lograban acceder a puestos de trabajo lo hacían bajo condiciones precarias, no solo porque tenían una fuerte incidencia de trabajo a tiempo parcial, sino que lo hacían sin beneficios laborales.

Para 1999 la tasa de participación de las mujeres había crecido en los últimos 5 años en casi un 16% en edades mayores y entre un 7 y 9% en edades centrales (Gráfico 2).

Gráfico 2. Tasas de participación femenina según edad en AMBA. 1994-1999



Fuente: Elaboración propia en base a la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC) 1994-1999.

El desempleo, para 1996, alcanzaba el 20% a nivel nacional, mientras que en los 80 no superaba el 8,1% de 1989 (Wainerman, 2003). En AMBA, el aumento del desempleo se debe principalmente a la destrucción de puestos de trabajo y al crecimiento de la tasa de actividad global, impulsado por la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo.

Para las mujeres, la suba del desempleo fue entre 1994 y 1999 de 4 puntos porcentuales. Las más afectadas fueron las de 20 a 24 años y 30 a 34 años, con aumentos de desempleo de 10 puntos porcentuales seguidas por las de 40 a 44 años con un incremento de 7 puntos (Cuadro 1). Por su parte, los varones también sintieron el impacto de la crisis en el aumento del desempleo, aunque con menor intensidad que las mujeres.

Cuadro 1. Tasa de desempleo según sexo y grupos de edad en AMBA. 1994-1999

Grupos de edad	1994				1999		
	Mujeres	Varones	Total		Mujeres	Varones	Total
15 a 19	33,1	29,2	30,6		45,9	30,0	36,3
20 a 24	12,8	13,3	13,1		23,3	22,3	22,7
25 a 29	14,5	6,3	9,5		13,5	14,5	14,1
30 a 34	9,7	5,8	7,4		19,1	9,8	13,6
35 a 39	13,0	4,3	7,6		10,6	10,4	10,5
40 a 44	9,1	8,1	8,5		16,4	11,2	13,4
45 a 49	8,7	7,8	8,2		11,6	9,5	10,4
50 a 54	11,9	8,0	9,5		10,7	12,7	11,9
55 a 59	12,2	8,3	9,5		10,9	13,0	12,2
60 a 64	9,8	9,6	9,7		19,0	19,2	19,1
65 o mas	7,1	9,5	8,6		17,9	20,0	19,2
Total	13,1	9,9	11,1		17,3	14,9	15,9

Fuente: Elaboración propia en base a la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC) 1994-1999.

La llegada de una nueva década en nuestro país expande un nuevo modelo familiar: el de doble proveedor. Si bien no es que no existiera antes, lo novedoso es que se torna cada vez más relevante. Entre 1980 y 2000 el modelo del proveedor único varón decreció del 74,5% a 54,7%, lo que implica que el modelo de doble proveedor ascendió de 25,5% a 45,3%, representando un aumento del 78%. Esto sucede principalmente por la necesidad de las mujeres de salir a reemplazar los ingresos deteriorados e incluso el desempleo de su cónyuge, consecuencia de un proceso de ajuste estructural y reestructuración económica (Wainerman, 2003).

El crecimiento de este nuevo modelo se dió con cierta independencia del momento del ciclo de vida de la mujer y la cantidad de hijos. Debido a que el mercado de trabajo recluta selectivamente a las más educadas (no así en el caso de los varones), fueron las mujeres con altos niveles educativos las primeras en adoptar la pauta de dos proveedores.

Los avances educativos de las mujeres fueron también notables. En 1988 ellas superaban en número a los varones en la Universidad de Buenos Aires, y para 1994 alcanzaban el 52,2% de todas las universidades. El aumento educativo no solo contribuyó de manera directa a mejorar las oportunidades de ingresar al mercado de trabajo (y en mejores condiciones), sino también a

cambiar radicalmente las pautas maritales y reproductivas. Las mujeres con mayores niveles educativos permanecen solteras por más tiempo y postergan la maternidad, ya sea reduciendo la cantidad de hijos o no teniendo ninguno. La independencia económica y el control sobre las decisiones en su propia vida distribuye el poder conyugal que les permite incluso decidir sobre la formación y disolución familiar. Estas transformaciones en la vida de las mujeres, junto con un proceso económico recesivo, no pueden más que explicar los cambios en los modelos familiares y el crecimiento continuo del modelo de doble proveedor a partir de la década del 80².

Todos los hogares, indistintamente de la etapa del ciclo de vida que este atravesando la mujer, fueron adoptando el modelo de doble proveedor. Entre 1980 y 1985 se incorporó en aquellos hogares donde la mujer tenía un nivel educativo elevado. Las mujeres con niveles educativos más bajos las siguieron más tarde aunque de forma más acelerada entre 1991 y 1993. De esta forma, los hogares en donde la mujer era la principal proveedora se triplicaron de 4,2% en 1980 a 11,0% en el 2000 (Wainerman, 2003).

La intermitencia en la década de los 90

El estudio de la intermitencia laboral durante los primeros años de la década del 90 representó un análisis novedoso en la materia. No solo por la metodología utilizada para procesar la información, sino también por la temática en sí misma: cuáles son las consecuencias y los determinantes de la intermitencia. Esta propuesta que elaboró Marcela Cerrutti hace dos décadas arroja luz sobre un problema poco explorado: un alto porcentaje de mujeres de AMBA entra y sale de la fuerza de trabajo de manera recurrente y en un periodo corto de tiempo. Esta problemática conlleva consecuencias negativas como el acceso a trabajos poco calificados, por pocas horas y en condiciones precarias³ de contratación.

² Para comprender estos cambios, Wainerman (2001) propone la existencia de tres modelos de parejas que a pesar de originarse en momentos históricos distintos coexisten en la actualidad: primero ubica al modelo patriarcal de pareja, donde el varón es el único proveedor y muchas veces es quien además tiene mayores recursos de educación, de ingresos y de nivel socioeconómico. En segundo lugar ubica al modelo democrático, centrado en el amor romántico como fundamento de la unión, en donde se espera una igualdad de los recursos. Por último, en el modelo postmoderno, en donde la atracción sexual no es solo aceptada sino también valorada, la mujer se educa y forma parte del mercado de trabajo. Además participa del mundo público de la política, las organizaciones sindicales y ocupa puestos de jerarquía en las empresas.

³ Por condiciones precarias se entiende aquel asalariado que no percibe aporte jubilatorio por parte de su empleador ni aguinaldo ni vacaciones pagas.

Ahora, ¿quiénes son estas mujeres? ¿Cuáles son sus características? Primero, es necesario realizar una aclaración. Hay dos grupos de mujeres, las más jóvenes y las mayores (en edad de retiro), que se presentan intermitentes por motivos distintos al resto. En el caso de las primeras, su frecuente entrada y salida del mercado de trabajo es una prueba y error, es decir, experimentan con distintos tipos de empleo. En el caso de las segundas, la dificultad de encontrar trabajo en edades avanzadas, junto con una oferta de empleo precario, ofrece como resultado una inserción intermitente.

Son tres las variables que determinan la participación intermitente de las mujeres: el nivel educativo, la posición de la mujer dentro del hogar junto con la tenencia de hijos y la condición de empleo.

Sobre el nivel educativo, el punto de inflexión se encuentra en tener el nivel secundario completo. La autora propone la influencia de la educación formal de tres maneras distintas sobre la inserción laboral: por un lado, sobre la posibilidad de acceder, ante un mayor nivel educativo, a una mejor remuneración, mayor estabilidad y mejores condiciones laborales; por el otro, sobre la resistencia a los roles tradicionales de género y a un mayor compromiso con su carrera laboral; por último, sobre la correlación con un mayor nivel socioeconómico, permitiéndole a la mujer acceder a servicios extradomésticos con consecuencias positivas sobre su estabilidad laboral (Cerrutti, 2000).

Sobre la posición de la mujer dentro del hogar, si bien en los próximos apartados se hablará con mayor detalle, es importante mencionar que son las mujeres que viven con su compañero y que tienen hijos pequeños las que tienen mayor ingreso intermitente en el mercado de trabajo. Esto se explica, en parte, por la dificultad de combinar trabajo doméstico y extradoméstico: nuevamente, los roles de género le otorgan a la mujer la mayor carga sobre el cuidado de los niños y el hogar. En consecuencia, la influencia del nivel socioeconómico rescata de la intermitencia a aquellas que, gracias a este, pueden acceder a ayuda extradoméstica y “aminorar la influencia negativa de la presencia de hijos pequeños en el hogar” (Cerrutti, 2000: 627).

En relación a este punto, en un estudio cualitativo realizado por la misma autora a mujeres de sectores populares y clase media, es destacado por sus entrevistadas el factor discriminatorio que emerge a la hora de buscar trabajo. A pesar de tener la calificación necesaria las mujeres señalan no ser contratadas por haber mencionado en la entrevista tener hijos pequeños.

Sobre las condiciones de empleo, los factores de oferta y demanda actúan en conjunto. Por un lado, las características de precariedad de los empleos que se ofrecen pueden provocar la inestabilidad; y por el otro, las limitaciones que presentan las mujeres y que son precedentes al acceso al empleo también afectan a la capacidad de mantenerse estables. Es, por lo tanto, difícil de determinar cuál es el peso que ejercen cada uno de estos factores.

A través de este análisis se podría pensar en una retroalimentación en la condición de intermitencia. La situación económica del país durante los años 90, con una alza en los niveles de desempleo y nuevas regulaciones laborales que promovían el empleo temporal y no registrado, favorecieron la oferta de un tipo de empleo inestable. La falta de políticas públicas como el acceso a guarderías infantiles públicas y de calidad sumado a los bajos niveles educativos, otorga un coste muy alto para una mujer con hijos pequeños para acceder a un trabajo de calidad. En consecuencia, “abaratarse” estos costos implica ingresar en la fuerza de trabajo a través de estos empleos inestables, en muchos casos la única oferta disponible.

A su vez la entrada de la mujer al mercado de trabajo no ha sido acompañada por una redistribución de las tareas domésticas. Si bien los hombres han adoptado más actividades ligadas a la paternidad no sucedió lo mismo con aquellas asociadas al mantenimiento de la casa.

Esto atrae consecuencias en el comportamiento laboral de las mujeres que, a diferencia de los varones, se ve afectado por las etapas del ciclo familiar. Mientras que los varones trabajan a tiempo completo sin importar la edad de sus hijos, en el caso de las mujeres que tienen un hijo que no supera los cinco años de edad, son más las que trabajan a tiempo parcial que sus congéneres con hijos en edad escolar y aquellas con hijos de 13 años o más.

A pesar de este panorama desfavorable para muchas mujeres, Cerrutti propone en un trabajo posterior, de los primeros años de la década del 2000, una etapa transicional en Argentina. En esta etapa parecen estar desapareciendo los roles tradicionales entre esposos pero sin embargo no hay una distribución igualitaria de las tres actividades centrales de una familia: la generación de ingresos, el cuidado de los hijos, y la atención de las tareas del hogar (Cerrutti, 2003).

La década del 80 y 90 atravesó transformaciones sobre la relación entre mercado de trabajo y mujeres. A diferencia del pasado, el modelo patriarcal de varón único proveedor entró en competencia con el modelo de doble proveedor. La incorporación de la mujer a la PEA no

siempre significó trabajo estable, sino por el contrario, fueron ellas quienes más sufrieron la intermitencia laboral. Teniendo en cuenta que el nivel educativo de la mujer influye sobre sus posibilidades de encontrar trabajo, las intermitentes son aquellas que por su nivel educativo, socioeconómico y posición en el hogar, más dificultades han enfrentado a la hora de encontrar y mantener un trabajo de calidad.

A continuación se describen las transformaciones y las continuidades en el mundo laboral durante la primera década del siglo XXI y las dificultades para conciliar ambas, a pesar del crecimiento económico, trabajo y familia. A partir de allí se analizará el patrón de participación intermitente femenino de los últimos años.

Las desigualdades de género en el nuevo milenio: avances y persistencias

Los aportes realizados en los últimos años desde el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) exponen la situación laboral femenina de la Argentina en la primera década del 2000.

Para empezar, hay una mayor incorporación de la mujer al mercado de trabajo. Las tasas de participación económica han crecido entre 1993 y 2006 en casi un 13% para las mujeres jóvenes. Asimismo, el nivel de desempleo continua siendo mayor entre mujeres (10,1% vs 8,3% en varones).

A pesar de que la crisis del 2001 aceleró el ingreso de las mujeres en el mercado de trabajo, en los momentos de recuperación económica, entre 2002 y 2004, no se retiran del mercado. De todas formas, la distribución sexual de los ingresos se vuelve más dispar con el reingreso de los hombres pero esta diferencia se fue revirtiendo lentamente desde el 2004 (PNUD, 2011).

Las diferencias entre género, para los primeros años del 2000, continúan afectando el acceso a puestos que se correlacionen con su trayectoria educativa: entre aquellas personas con nivel superior completo, el promedio de hombres que acceden a puestos de trabajo profesionales es un 20% mayor en relación a las mujeres con el mismo nivel de calificación. Además, un 42% de estos hombres con formación superior realiza trabajos profesionales, mientras que en el caso de las mujeres este porcentaje desciende al 32,1%. Este último dato, a pesar de representar una disminución en la brecha existente en el pasado⁴, no es el resultado de una mayor oportunidad de acceso para las mujeres en ocupaciones profesionales, sino de un descenso en los niveles de ocupación de los hombres.

Los niveles de la PEA femenina han disminuido en los grupos etarios en donde el nivel educativo secundario y el nivel universitario o terciario se desarrollan y completan con mayor frecuencia. A diferencia de 5 años atrás, para 2009 un 4% menos de mujeres entre 15 y 19 años formaba parte de la fuerza de trabajo y casi un 8% para el caso de las mujeres entre 20 y 24 años (23,6% vs 19,8% y 67,3% vs 59,7% respectivamente). En el caso de los varones, tales descensos son mucho menores o inclusive inexistentes: entre los 15 y 19 años disminuyó un 2% y entre 20 y 24 años

⁴ Para 1999, el 56,4% de los varones con nivel superior completo tenían una ocupación profesional contra un 34,6% en las mujeres

aumentó un 4% (33,7% vs 31,8% y 83,7% vs 87,4% respectivamente). De estos resultados se podría inferir que estas mujeres que salieron de la actividad lo hicieron para completar y ampliar su nivel educativo. Se abre, entonces, un panorama esperanzador: en la medida en que se produzca un mayor alcance a las distintas esferas educativas, mayores serán las oportunidades, no solo de acceso al empleo, sino también de calidad y con los beneficios asociados que a estos representan.

La tasa de desempleo entre 2004 y 2009 disminuyó notablemente para aquellas con nivel educativo entre secundario incompleto y universitario incompleto. Si bien este valor en general ha disminuido en un 5% (de 15,9% a 10,8%), en el caso de las mujeres con secundario incompleto, el descenso fue de un 10%.

Cuadro 2. Tasa de desempleo según sexo y nivel educativo en AMBA. 2004-2009

Nivel educativo	2004				2009		
	Mujeres	Varones	Total		Mujeres	Varones	Total
Primaria Incompleta	17,4%	12,0%	14,0%		13,8%	16,0%	15,2%
Primaria Completa	13,5%	12,6%	12,9%		11,3%	8,8%	9,8%
Secundaria Incompleta	26,3%	12,7%	17,8%		16,3%	12,3%	13,7%
Secundaria Completa	18,2%	13,6%	15,5%		12,5%	8,2%	10,0%
Superior Universitaria Incompleta	18,1%	15,5%	16,8%		11,7%	7,6%	9,5%
Superior Universitaria Completa	6,5%	4,3%	5,5%		5,3%	3,9%	4,7%
Sin instrucción	5,9%	15,4%	10,0%		0,0%	0,0%	0,0%
Total	15,1%	12,3%	13,2%		10,1%	8,1%	9,0%

Fuente: Elaboración propia en base a la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC) 2004-2009.

Los niveles de informalidad han descendido a lo largo de la primera década del siglo XXI tanto para hombres como para mujeres en un 11%. Sin embargo, la brecha entre géneros no se achicó, se sostiene en un 9% mayor en el caso femenino. Esta diferencia se atribuye principalmente a las

mujeres que trabajan de servicio doméstico en casas de familia, el 81% de ellas lo hace sin recibir aportes jubilatorios.

Las brechas de ingreso por género entre 1996 y 2012 se han reducido. Sin embargo, al analizar estas diferencias según el nivel educativo de la persona, fue mayor la reducción entre aquellos que tienen nivel superior o universitario completo. Mientras que, en este último caso, la brecha entre hombres y mujeres es del 10,4%, para aquellos que solo tienen el nivel primario completo la brecha asciende a un 26,2%.

Por su parte, las diferencias en el acceso a puestos de decisión también han disminuido durante estos últimos 20 años. Estos descensos en las diferencias fueron lentos pero constantes y responden más a méritos propios del género femenino que a un repliegue masculino. El aumento en los niveles de formación superior dió paso a un mayor acceso de las mujeres a puestos de jerarquía. Estas mujeres son representadas en un 40% por mayores de 50 años y a diferencia de los varones, conviven con parejas que en su gran mayoría trabaja y en un 43% son también jefes o directivos. Esta situación en el caso de los hombres es bastante distinta, ya que un 38% conviven con mujeres que no forman parte de la fuerza de trabajo productivo y solo un 23,6% trabaja con una cónyuge que también es jefa o directiva (PNUD, 2014).

Ser mujer, madre y asalariada

El reconocimiento de la maternidad como un valor social es un asunto pendiente de la agenda pública. Esto implica que las condiciones de oportunidad a la hora de conseguir un trabajo son desiguales para mujeres con y sin hijos. Desde esta perspectiva, el Observatorio de la Maternidad aborda la temática caracterizando y aportando datos sobre la situación de las madres trabajadoras.

El ingreso de las mujeres al mercado de trabajo se vió representado en gran medida por las madres. Esta inserción responde principalmente a la voluntad o necesidad de mejorar los ingresos del hogar, dejando en un segundo plano la inserción por modernización y crecimiento. Para 2006 la participación laboral de las madres ascendía a un 62,8%, mientras que en 1994 solo representaban el 46,6% (Cogliandro, 2010). En este mismo periodo de tiempo, las mujeres no madres solo incrementaron un 6,5% su participación.

Ahora bien, que la mujer entre al mercado de trabajo no significa que el hombre se interiorice en las tareas de cuidado. Para el 2005 las mujeres dedicaban 4 horas y 15 minutos diarios a la realización de tareas domésticas mientras que los hombres solo 1 hora y 26 minutos (PNUD, 2011). Entendiendo que la disposición del uso del tiempo hace a la ampliación o restricción de oportunidades laborales, este es un dato no menor. Mientras que para algunas mujeres de sectores medios y altos la carga horaria de trabajo doméstico se diluye mediante el servicio doméstico que contratan⁵, para el resto de los sectores esta no es una opción viable.

La responsabilidad impuesta sobre las mujeres de hacerse cargo de las tareas del hogar las empuja a asumir menor carga horaria laboral. Mientras que el 40,7% de las mujeres sin hijos trabajan de 36 a 45 horas semanales, tan solo el 25,5% de las madres lo hacen (Cogliandro, 2001).

Sin embargo, la inserción laboral no se desarrolla de la misma forma dentro del grupo de las madres. Por un lado, la cantidad de hijos impacta en los niveles de ocupación e inactividad: aquellas madres con hasta 2 hijos están ocupadas en un 59,6% mientras que aquellas con más de 4 hijos tan solo el 39,9%. Esta diferencia por cantidad de hijos no se presenta entre hombres y es denominada “desventaja por maternidad” (Lupica y Cogliandro, 2011: 3).

La situación conyugal de los últimos años también ha sufrido transformaciones. No solo los modelos de familia han cambiado, la formalidad del vínculo también. Este fenómeno se observa tanto entre las mujeres madres como entre las que no lo son. La población femenina total de AMBA en el periodo 2004-2009 sufrió un aumento de mujeres unidas del 3% y un descenso del mismo valor entre las casadas. Para las madres este cambio fue más radical: en el periodo 2006-2012 el aumento de las unidas fue de 7% (29,5% vs 36,3%) y el descenso de las casadas fue de 8% (55,8% vs 47,8%). Estos datos permiten reflexionar sobre algunos supuestos. Al considerar que la tenencia de hijos formaliza las relaciones de pareja, asociado a los beneficios que contraen a través del matrimonio civil, la realidad muestra que los cambios culturales y los nuevos mecanismos de vinculación como el concubinato representan una real competencia a las formas más tradicionales de vida conyugal.

⁵ Este servicio doméstico no son ni más ni menos que otras mujeres, contratadas en su mayoría en condiciones laborales precarias.

El nivel educativo y socioeconómico de las madres incide sobre su inserción laboral. Las madres pobres e indigentes tienen un comportamiento de entrada al mercado en épocas de crisis y de retirada en épocas de estabilidad. Esto se debe a que el trabajo para estas mujeres “es una exigencia para proveer de ingresos a sus hogares, a diferencia de las madres no pobres, para quienes el trabajo forma parte de un proyecto de realización personal” (Cogliandro, 2010: 4). A partir de los primeros años de los 90 el ingreso al mercado de trabajo de las madres no pobres fue sostenido y en ascenso, mientras que para las madres pobres o indigentes fue de altibajos marcados por distintos ciclos económicos.

Al igual que sucede con el nivel socioeconómico, los niveles educativos de las madres influyen en su participación laboral. Para 2006 la participación laboral de madres con nivel superior completo era de un 85,5% cuando para las madres con nivel educativo bajo o medio no alcanzaba el 60%.

Los niveles de formación modifican, además, la edad de las madres al tener su primer hijo. En 2012, entre mujeres con secundario incompleto o menos y con universitario completo la diferencia llegaba a 6 años entre los 22,8 años promedio de las primeras y los 28,7 años promedio de las segundas (Cuadro 2). Estas diferencias en CABA son aún más pronunciadas, obteniendo un resultado de 30 años promedio para las más educadas.

En relación a la cantidad de hijos se observa la misma tendencia en donde a mayor nivel educativo menor es el promedio de hijos que tendrá a lo largo de su vida. Para aquellas con nivel hasta secundario incompleto su promedio es de 2,7 hijos y para aquellas con universitario completo es de 1,9 hijos.

Cuadro 3. Edad promedio de las jefas o cónyuges madres al tener sus hijos e hijas según máximo nivel educativo alcanzado en AMBA. 2006-2012⁶

Años	Edad promedio al tener el primer hijo				Edad promedio al tener el último hijo			
	Hasta SI	SC - UI	UI	Total	Hasta SI	SC - UI	UI	Total
2006	22,7	24,9	28,3	24,4	37,0	36,7	39,0	37,3
2008	22,1	24,8	28,2	24,3	36,8	37,0	39,0	37,3
2010	22,6	24,5	28,3	24,5	37,6	36,3	39,1	37,5
2012	22,8	24,5	28,7	24,7	37,9	35,8	39,7	37,5

Fuente: Observatorio de la Maternidad (2013). “Cuadernillo estadístico de la maternidad N° 7. Maternidad en Argentina: aspectos demográficos, sociales, educativos y laborales. Procesamiento de datos de la Encuesta Permanente de Hogares, INDEC. Periodo 2006-2012”.

En las últimas décadas hubo un alto crecimiento de hogares monoparentales, por lo que la situación a la que muchas madres solteras se enfrentan difiere del resto de las madres que conviven con su cónyuge, entendiéndose que la responsabilidad de la mantención económica del hogar recae con mayor frecuencia sobre las primeras que sobre las segundas.

En promedio, el 86,5% de las madres solas participan del mercado laboral en el 2010 mientras que aquellas que se encuentran casadas tienen un 30% menos de participación. Ser madre soltera y trabajar por necesidad económica las vincula en su punto más fuerte y más débil al mundo del trabajo: “el más fuerte porque no hay otra opción, al ser una condición para sobrevivir. Y el más débil, pues no siempre las mujeres que quedan solas o asumen en soledad su maternidad están preparadas o cuentan con las cualificaciones y apoyos necesarios para ingresar al mercado laboral en puestos de calidad” (Lupica, 2012: 3).

Es en el punto más débil de vinculación con el mercado de trabajo en donde las madres solteras recaen en el trabajo no calificado. Un 46,3% de ellas tienen un trabajo no calificado mientras que las madres casadas o unidas solo un 29,6%.

Como se vio a lo largo del capítulo, en el nuevo milenio las tasas de desempleo han disminuido y las brechas entre géneros se han achicado un poco. Sin embargo, continúan presentándose desigualdades entre hombres y mujeres. El acceso a puestos de decisión, puestos altamente calificados y a niveles de salario más igualitarios siguen representando un reto para la mujer

⁶ SI: Secundaria Incompleta, SC: Secundaria Completa, UI: Universitaria/Terciaria Incompleta, UC: Universitaria/Terciaria Completa.

argentina contemporánea. Los niveles de trabajo informal continúan siendo superiores principalmente por el trabajo doméstico. Por su parte, la falta de distribución equitativa de las tareas domésticas atrae consecuencias especialmente para las madres quienes deben acceder a puestos part-time para poder llevar adelante ambas tareas. La vinculación con el mercado de trabajo es aún más débil para madres solteras, pobres o indigentes.

En el próximo y último capítulo se avanzará sobre la situación ocupacional femenina de los últimos cinco años con la ambición de cumplir con los objetivos propuestos y responder la pregunta planteada en un principio: en la actualidad, ¿son más estables los vínculos laborales de las mujeres?

Cambios en los patrones de participación: intermitencia vs. estabilidad

Como se ha visto a lo largo de los capítulos, los ingresos promedios y la realidad de los mercados de trabajo muestran la enorme dificultad que implica sostener un hogar con un solo aportante. El fortalecimiento del modelo de doble proveedor de las últimas décadas responde a esta necesidad y permite sostener ciertos niveles de bienestar que de otra forma no serían posibles. Muestra clara de ello es que la incidencia de la pobreza en hogares con doble proveedor es más baja que en los hogares en los que la mujer no contribuye con ingresos al hogar (Cerrutti y Binstock, 2009).

Si bien la situación económica impulsó la decisión de las mujeres a participar del mercado de trabajo, también jugaron un rol importante las transformaciones institucionales y culturales. La incorporación de las mujeres en el mundo del trabajo guarda un estrecho vínculo con procesos más amplios de secularización y ruptura con valores de género tradicionales. La obtención de mayores niveles educativos no solo significó el acceso a una oferta más variada y gratificante de puestos de trabajo, sino que contribuyó a modificar y redefinir gustos, aspiraciones y proyectos individuales.

La participación sostenida de las mujeres en el mercado de trabajo conlleva dificultades para compatibilizarla con las tareas de cuidado en sus familias, restringiendo el acceso a determinados empleos y atrayendo conflictos familiares que se derivan de dicha participación.

La creciente presencia de las mujeres en la fuerza laboral no siempre ha sido acompañada por circunstancias y políticas que faciliten esa participación, lo que ha redundado en una sobrecarga de responsabilidades.

Por lo tanto, y a pesar de las mejoras en las condiciones del mercado de trabajo, las decisiones sobre trabajar o no hacerlo y el tipo concreto de trabajo que se pretende o se puede realizar⁷, dependen en gran medida de cómo puedan las mujeres compatibilizar las diversas demandas sobre su tiempo.

En este sentido, a continuación se indagará si los avances alcanzados en los últimos años se reflejan en una participación laboral más estable de las mujeres en el mercado de trabajo que

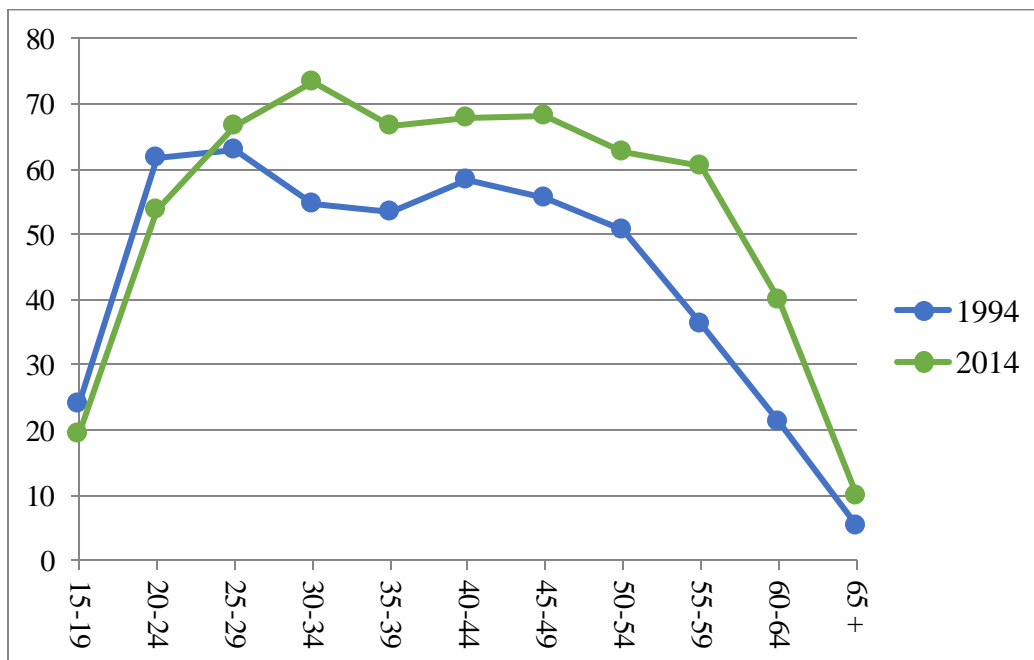
⁷ Con esto nos referimos al tipo de ocupación, cantidad de horas trabajadas, flexibilidad horaria y cobertura legal.

pueda favorecer procesos de adquisición de competencias y beneficios laborales, así como de promoción e ingresos.

La participación económica femenina en AMBA

Luego de la crisis del 2001, la recomposición significativa en las oportunidades de empleo a partir del 2003 impulsa nuevamente a un incremento en la participación económica femenina que llegará a su máximo histórico, pero a diferencia de la década anterior, motivada por un incremento en la tasa de empleo y no de desocupación. Como lo indica la evolución de las tasas de actividad por edad, el crecimiento en la propensión a participar de la fuerza de trabajo se da a lo largo de todos los grupos de edad con la excepción de las edades más jóvenes y las adultas mayores (Gráfico 3).

Gráfico 3. Tasas de actividad femenina por edad en AMBA. 1994 y 2014.



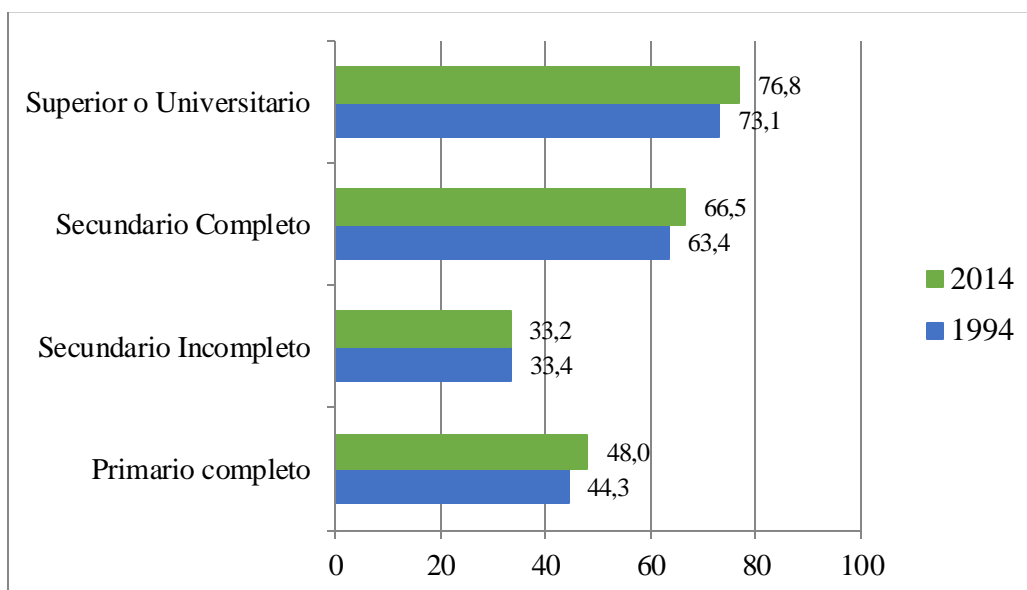
Fuente: INDEC, Encuesta Permanente de Hogares 1994-2014.

La decisión de las mujeres de desarrollar actividades económicas no se debió solo a la necesidad económica sino también a procesos de transformación social en dimensiones cruciales que afectan la división sexual del trabajo. A pesar de ello, esta mayor aceptación social del trabajo de la mujer, no necesariamente fue acompañada por un cambio en las circunstancias que

verdaderamente lo facilitarían, en particular en el caso de las madres con perfiles educativos medios o bajos y con hijos pequeños.

Los datos indican la relevancia de las credenciales formales en los procesos de incorporación de las mujeres en el mercado de trabajo, en efecto tanto hoy como hace dos décadas atrás las tasas de actividad de las mujeres con educación superior o universitarias son significativamente más elevadas que la de mujeres con niveles educativos inferiores. Pero la comparación de los dos momentos en el tiempo evidencia un fenómeno muy interesante, en cada nivel de educación los cambios en el tiempo no son muy pronunciados. En efecto, si bien las tasas de actividad se incrementan para todas las mujeres con independencia del nivel educativo (salvo el caso del nivel secundario incompleto), dichos incrementos son mucho más sutiles que los observados a nivel global. Esto tiene un significado muy interesante y es que la mayor propensión de las mujeres a participar en el mercado de trabajo observado a nivel global se da como consecuencia de un mejoramiento general de sus perfiles educativos, o puesto de otro modo debido a un cambio de composición de la oferta laboral.

Gráfico 4. Tasas de actividad femenina por nivel educativo en AMBA. Mujeres entre 14 y 49 años de edad. 1994 y 2014.



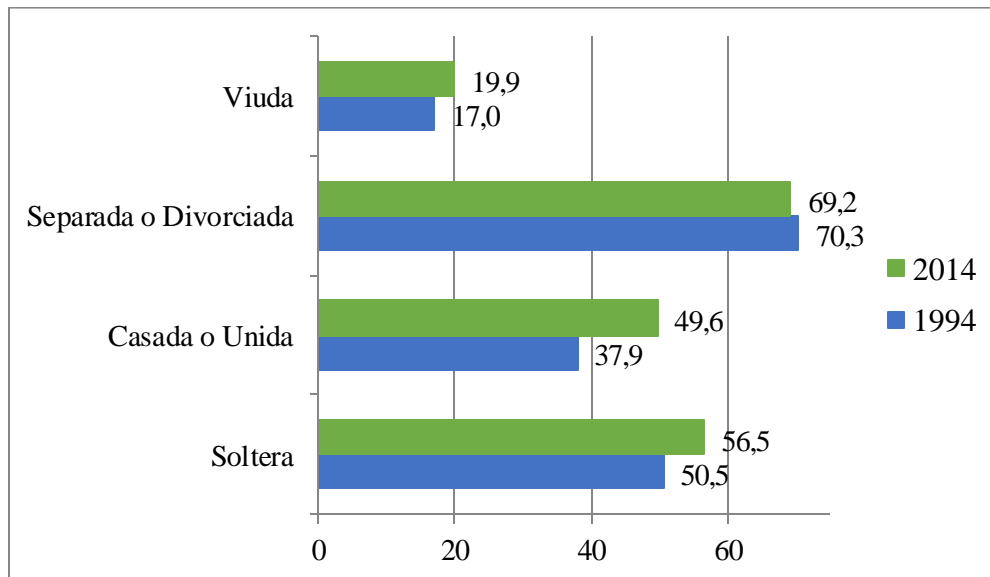
Fuente: INDEC, Encuesta Permanente de Hogares 1994-2014.

El porcentaje de mujeres con niveles educativos superiores o universitarios (ya sea completo o incompleto) se incrementa de manera notable. En el año 1994 entre mujeres de 14 a 49 años el

porcentaje de las que habían accedido a la educación superior o universitaria (incompleta y completa) era de 21,4%, veinte años después dicho porcentaje ascendía al 33,8%. En el caso de las mujeres activas la presencia de mujeres con elevada educación se hizo también más notable pasando en esas dos décadas del 30,4 al 45,2. En otras palabras, tanto hoy como en el pasado las mujeres con perfiles educativos no profesionales continúan teniendo inconvenientes a la hora de trabajar en el mercado.

El mejoramiento de sus perfiles educativos, si bien el más significativo, no constituye el único factor de cambio, ya que las transformaciones de índole familiar, tanto en lo que respecta a estructura como a las dinámicas de funcionamiento han sido razones de peso para dar cuenta del aumento sostenido de su participación. En efecto, si bien el porcentaje de mujeres separadas y divorciadas (que son quienes presentan las tasas de actividad más elevadas) se duplicaron en estos últimos años, su proporción pasó de algo menos del 5 por ciento al 10 por ciento en la población de 15 años y más. De todas maneras el hecho más significativo fue el aumento notable en la tasa de participación de mujeres unidas o casadas, la cual pasó del 37,8% al 49,6% (Gráfico 5).

Gráfico 5. Tasas de actividad femenina por estado civil, mujeres de 15 años y más en AMBA. 1994 y 2014.

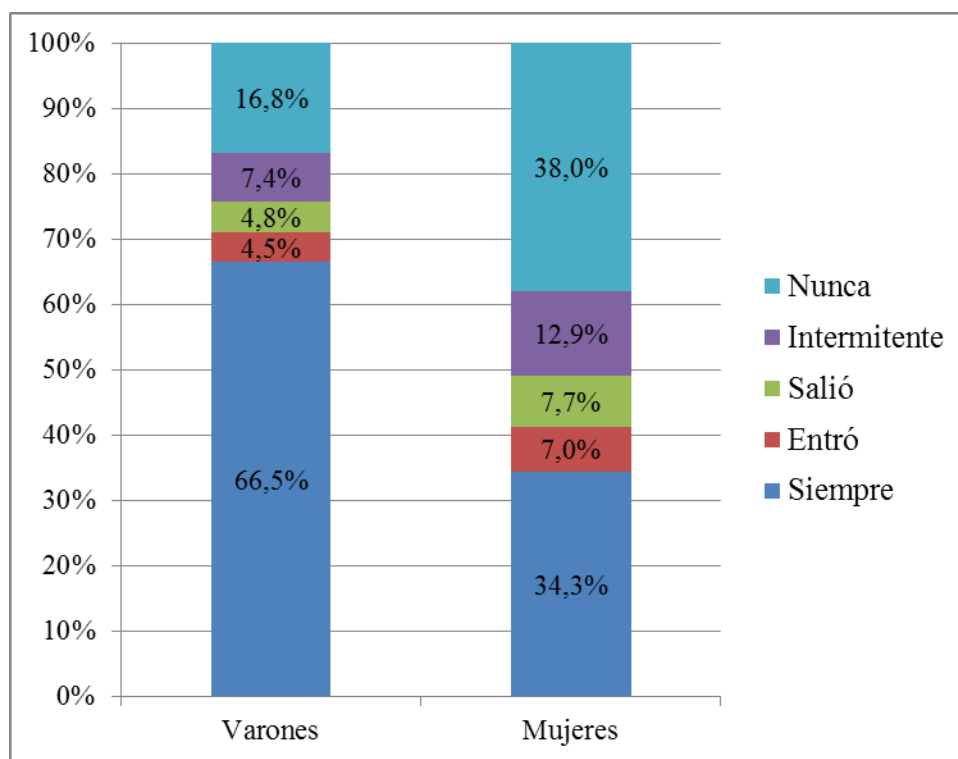


Fuente: INDEC, Encuesta Permanente de Hogares 1994-2014.

Las entradas y salidas de la fuerza de trabajo

La comparación de los patrones de participación laboral de mujeres y varones a lo largo de 18 meses arroja la existencia de marcadas diferencias. En primer lugar la incidencia de quienes permanecen fuera de la fuerza de trabajo todo el tiempo (es decir fueron inactivos en todo momento) es significativamente superior entre las mujeres: casi un 40 por ciento mientras que entre los varones dicho porcentaje es menos de la mitad (Gráfico 6). Asimismo es notorio el contraste entre quienes han permanecido dentro de la fuerza de trabajo a lo largo del período (66.6% vs. 34.3%).

Gráfico 6. Patrones de participación laboral de varones y mujeres a lo largo de 4 observaciones en 18 meses en AMBA. Período 2011-2014.



Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 2011-2014.

Si bien este hecho en principio no resulta muy sorprendente dada las diferencias en las propensiones a participar en el mercado de trabajo de ellas y ellos, resulta sí más llamativo cuando se restringe la comparación a las trayectorias de quienes en alguna de las observaciones participaron de la fuerza de trabajo (es decir fueron económicamente activos al menos una vez). Considerando a este subgrupo, se pone de manifiesto claramente la mayor estabilidad de los

varones, ya que el 80% fue registrado a lo largo de las 4 observaciones en 18 meses como parte de la PEA, mientras que entre las mujeres dicho porcentaje se reduce al 55%.

Al centrarnos en las mujeres y examinar los cambios en los patrones laborales de los últimos veinte años se observa que, de manera coherente con la información transversal, se reduce el porcentaje de aquellas que siempre permanecen fuera de la PEA a lo largo de 18 meses (del 45,5% a 37,8%). Asimismo se registra un fenómeno interesante, las adolescentes permanecen en mayor medida que en el pasado fuera de la fuerza laboral, seguramente como consecuencia de su mayor asistencia educativa.

Cuadro 4. Mujeres de 15 años y más clasificadas por si fueron o no económicamente activa alguna vez a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según grupos de edad en AMBA. Período 1991-1994 y 2011-2014.

Grupos de edad	Circa 2013				Circa 1993		
	Nunca en F de T	Alguna vez en F de T	Total		Nunca en F de T	Alguna vez en F de T	Total
15 a 19 años	57.3	42.7	100.0		47.8	52.2	100.0
20 a 24 años	21.4	78.6	100.0		20.0	80.0	100.0
25 a 34 años	15.6	84.4	100.0		34.9	65.1	100.0
35 a 44 años	17.8	82.2	100.0		29.9	70.1	100.0
45 a 54 años	18.6	81.4	100.0		33.5	66.5	100.0
55 a 64 años	39.4	60.6	100.0		60.9	39.1	100.0
65 años o +	83.5	16.5	100.0		86.4	13.6	100.0
TOTAL	37.9	62.1	100.0		45.5	54.5	100.0

Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 1991-1994 y 2011-2014.

Pero más allá de esta situación esperable en un contexto de creciente incorporación de las mujeres en el mercado de trabajo, las condiciones para una participación laboral más estable en la fuerza de trabajo también parecen haber mejorado. En efecto, restringiendo el análisis a las que fueron económicamente activas en alguna de las 4 observaciones, se detecta que el 55,3% ha sido activa todo el tiempo, mientras que hace dos décadas atrás esa proporción era del 45,1%. Vale la

pena mencionar que a pesar de este auspicioso resultado, una proporción nada despreciable de mujeres ha participado de la PEA solo en algunas de las 4 observaciones (44,7%). Se pone asimismo de manifiesto el proceso de entrada a la fuerza de trabajo de las mujeres más jóvenes así como el de salida cerca a la edad de retiro.

Es probable que esta mayor estabilidad de las mujeres en la fuerza de trabajo se haya debido en parte a mejoras en las condiciones laborales, sin embargo, como se verá a continuación, pareciera que fue la ganancia en educación la que ha contribuido a mejorar las condiciones de participación de las mujeres en el mercado de trabajo.

Cuadro 5. Mujeres de 15 años y más que fueron económicamente activas alguna vez a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según el patrón de participación y grupos de edad en AMBA. Período 1991-1994 y 2011-2014.

Grupos de edad	Circa 2013						Circa 1993				
	Siempre en F de T	Salió de F de T	Entró a F de T	Más de 1 cambio	Total		Siempre en F de T	Salió de F de T	Entró a F de T	Más de 1 cambio	Total
15 a 19 años	18,4	9,2	31,9	40,4	100,0		20,0	5,5	48,8	25,7	100,0
20 a 24 años	52,5	8,8	18,9	19,8	100,0		52,9	8,3	18,0	20,8	100,0
25 a 34 años	60,3	8,2	11,2	20,2	100,0		55,8	10,3	16,3	17,6	100,0
35 a 44 años	64,7	10,6	7,9	16,9	100,0		50,0	13,7	12,8	23,5	100,0
45 a 54 años	63,4	12,0	7,7	16,9	100,0		53,5	12,4	9,9	24,2	100,0
55 a 64 años	54,3	19,6	7,5	18,6	100,0		30,5	20,5	16,6	32,4	100,0
65 años o +	24,0	28,8	9,6	37,5	100,0		20,0	25,0	17,6	37,4	100,0
TOTAL	55,3	12,5	11,4	20,8	100,0		45,1	12,1	18,6	24,2	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 1991-1994 y 2011-2014.

Los factores de la oferta: estabilidad y nivel educativo

El nivel de educación formal alcanzado, como hemos mencionado con anterioridad, ha sido un rasgo clásico asociado a los patrones de participación de las mujeres en la fuerza laboral. La posesión de niveles educativos elevados promueve una entrada más tardía a la fuerza de trabajo, pero más intensa y estable a lo largo del ciclo de vida individual y familiar. El primer panel del Cuadro 6 indica que aquellas mujeres con niveles educativos altos son significativamente más propensas a haber participado de la fuerza de trabajo en el período considerado. La relación entre educación y participación económica es hoy muy similar a la observada veinte años atrás. La

brecha de participación entre mujeres que no alcanzaron a completar el secundario y las que se graduaron del nivel superior o universitario es muy marcada. En efecto, entre las primeras, el porcentaje que se mantuvo todo el período fuera de la fuerza de trabajo es del 52% mientras que entre las segundas es menos del 20%.

Cuadro 6. Mujeres de 15 años y más clasificadas por sus patrones de participación a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según nivel educativo en AMBA. Períodos 1991-2014 y 2011-2014.

Año y nivel educativo	Nunca en F de T	Alguna vez en F de T	Total	Siempre en F de T	Salió de F de T	Entró a F de T	Más de 1 cambio	Total
Circa 1993								
Sec Inc. o menos	52,3	47,7	100,0	37,1	13,6	22,0	27,4	100,0
Secundario comp.	36,7	63,4	100,0	54,9	13,7	10,7	20,8	100,0
Sup. o Univ.	18,1	82,0	100,0	60,2	6,5	17,1	16,2	100,0
Circa 2013								
Sec Inc. o menos	52,0	48,0	100,0	37,5	15,0	17,1	30,4	100,0
Secundario comp.	32,4	67,6	100,0	58,5	9,6	13,1	18,8	100,0
Sup. o Univ.	19,3	80,7	100,0	70,7	9,0	7,7	12,7	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 2012-2014.

La mayor educación, ya sea como un indicador de aspiraciones individuales (económicas y de carreras profesionales) o como indicador de status económico que facilita la adquisición de servicios en el mercado para liberar tiempo, tiene un efecto también notable en la estabilidad de su participación. Entre aquellas mujeres “disponibles” para trabajar (es decir las que en algún momento fueron parte de la PEA durante el período de 18 meses) con baja educación –inferior al secundario completo- solo cuatro de cada diez han podido mantenerse en forma continua en la fuerza de trabajo. Contrariamente entre las que al menos han ingresado al nivel superior o universitario, esa proporción asciende a siete de cada diez (Cuadro 6), y entre las que lo completaron a más de ocho de cada diez.

Al contrastar la situación actual con la del pasado lo que se observa es que el efecto de la educación en los patrones de participación de las mujeres es muy similar: el 82% de las mujeres con nivel superior o universitario había sido alguna vez activa en 18 meses. Un cambio evidente

sí se dio en su estabilidad, ya que en los 90's el 60% había participado consistentemente de la fuerza de trabajo, pero veinte años más tarde esa proporción asciende al 70%.

Pareciera entonces que las transformaciones ocurridas parecen ser el efecto de cambios en la composición educativa de las mujeres, es decir una mayor proporción ha logrado acceder a niveles educativos altos, que de una mejora en las condiciones de empleabilidad de mujeres con perfiles educativos medio-bajos y responsabilidades familiares.

Familia y patrones de participación

La estructura y el ciclo de vida familiar han condicionado, tradicionalmente, la participación económica de las mujeres. Esta condición se ha visto mediatizada por su posición de clase y sus niveles de formación. Las mujeres en pareja y con hijos pequeños han mostrado históricamente un descenso en sus niveles de participación y más aún cuando tenían niveles educativos menores al terciario o universitario.

Más allá de esta heterogeneidad a nivel agregado, en los últimos veinte años las mujeres en pareja con hijos (ya sea pequeños o mayores de 5 años) son quienes más incrementaron su propensión a participar en el mercado de trabajo. Si bien en los noventa alrededor de la mitad había participado en algún momento durante un período de 18 meses, dos décadas más tarde esa proporción supera el 66%. Más aún entre quienes en algún momento formaron parte de la fuerza de trabajo, la mitad participó de una manera estable (Cuadro 7)

Cuadro 7. Mujeres de 15 años y más clasificadas por sus patrones de participación a lo largo de 4 observaciones durante 18 meses, según posición en el hogar en AMBA. Períodos 1991-2014 y 2011-2014.

Grupos de Edad	Nunca en F de T	Alguna vez en F de T	Total	Siempre en F de T	Salió de F de T	Entró a F de T	Más de 1 cambio	Total
Circa 1993								
Es jefa y vive sola	56.9	43.1	100.0	60.5	15.7	8.3	15.6	100.0
Es jefa y vive con otras personas	31.2	68.8	100.0	52.9	12.5	12.7	21.9	100.0
Es conyugue y vive sola con su pareja	58.6	41.4	100.0	41.6	16.7	13.4	28.3	100.0
Es conyugue y tiene hijos < 6 años	49.6	50.5	100.0	41.0	12.1	19.0	27.9	100.0
Es conyugue y tiene hijos 6 o +	45.1	54.9	100.0	42.6	15.7	13.6	28.1	100.0
Es hija	31.6	68.4	100.0	45.2	7.1	28.7	19.1	100.0
Es otro pariente	67.7	32.4	100.0	47.4	7.7	24.8	20.1	100.0
Circa 2013								
Es jefa y vive sola	53.6	46.4	100.0	66.5	15.0	6.0	12.6	100.0
Es jefa y vive con otras personas	30.2	69.8	100.0	62.3	7.4	12.6	17.7	100.0
Es conyugue y vive sola con su pareja	51.5	48.5	100.0	58.0	5.9	17.6	18.5	100.0
Es conyugue y tiene hijos < 6 años	31.2	68.8	100.0	50.2	15.6	8.8	25.4	100.0
Es conyugue y tiene hijos 6 o +	33.6	66.4	100.0	52.5	10.2	15.2	22.1	100.0
Es hija	31.4	68.6	100.0	51.5	17.5	7.8	23.3	100.0
Es otro pariente	51.3	48.7	100.0	47.3	12.7	16.4	23.6	100.0

Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 1991-1994 y 2011-2014

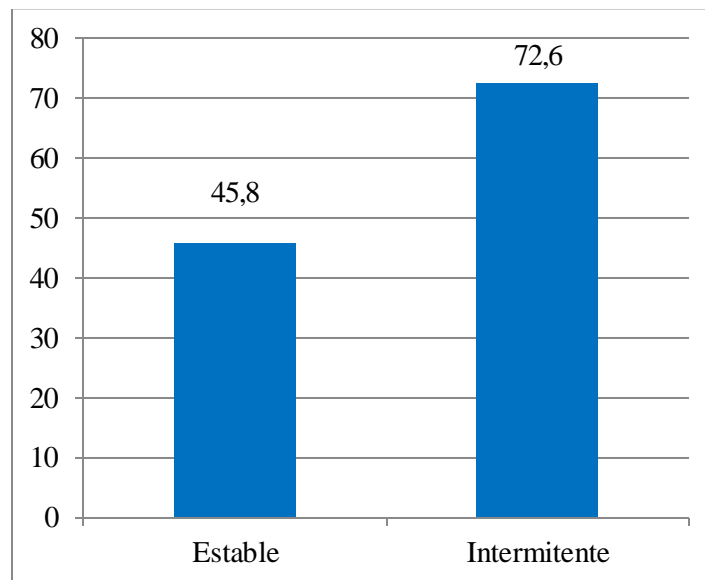
Inestabilidad y características ocupacionales

Las entradas y salidas de la fuerza de trabajo por períodos cortos de tiempo pueden asociarse no solo a restricciones impuestas por una división tradicional de roles de género dentro del hogar o la carencia de servicios de cuidado adecuados que liberen tiempo de las mujeres para poder trabajar para el mercado. Existen también factores vinculados a la demanda de empleo y a las características específicas de ciertas ocupaciones que generan la inestabilidad laboral. Las demandas por una mayor flexibilidad, así como la orientación a trabajar jornadas más reducidas parece solo poderse satisfacer, en particular para las mujeres con escasas credenciales educativas,

mediante ocupaciones caracterizadas por una elevada inestabilidad. La vinculación entre trabajo a tiempo parcial y precariedad laboral se evidencia en el escaso número de empleos no manuales de jornada reducida con beneficios laborales, a excepción de la docencia, actividad altamente protegida y que puede desarrollarse en jornadas reducidas. La mayoría de las ocupaciones no manuales, administrativas y de servicios demandan una dedicación a tiempo completo.

La asociación entre inestabilidad y jornadas reducidas se muestra en los datos: mientras para las mujeres con un patrón de participación laboral estable el 45.8% trabaja hasta 35 horas semanales, entre las que entran y salen de la fuerza de trabajo dicho porcentaje casi alcanza a las tres cuartas partes (Gráfico 7).

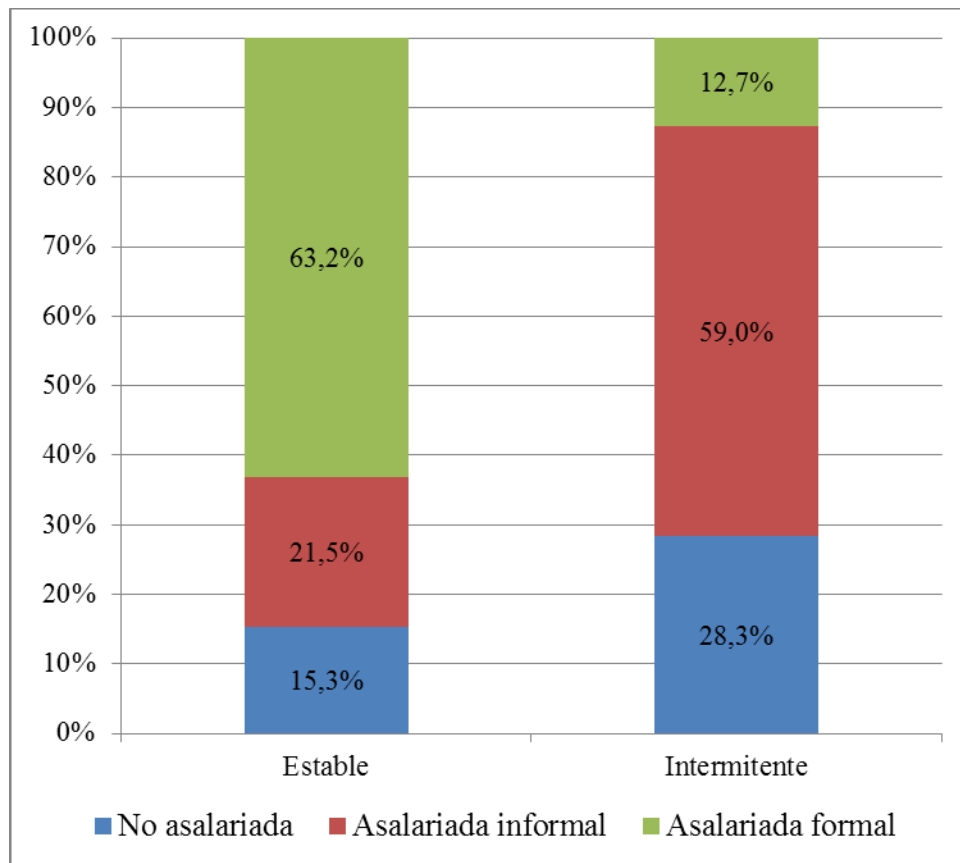
Gráfico 7. Mujeres de 15 años y más ocupadas en AMBA. Porcentaje que trabajan hasta 35 horas semanales, según patrón de participación laboral a lo largo de 18 meses.



Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 2011-2014

El vínculo entre patrón de participación y precariedad también es evidente (Gráfico 8). El porcentaje de trabajadoras asalariadas es superior entre las mujeres que han permanecido en la fuerza de trabajo de manera estable, y entre ellas la enorme mayoría se encuentra bajo condiciones laborales formales (es decir se le descuentan aportes jubilatorios). En contraposición, solo una minoría (12,7%) del total de las mujeres con patrones laborales inestables se encuentra ocupadas como asalariadas formales, y casi una de cada tres se desempeña como trabajadora independiente (trabajadora por cuenta propia mayormente).

Gráfico 8. Mujeres de 15 años y más ocupadas clasificadas por categoría ocupacional e informalidad, según patrón de participación laboral a lo largo de 18 meses en AMBA.



Fuente: Elaboración propia en base a sucesivas ondas de la Encuesta Permanente de Hogares 1991-1994 y 2011-2014

Conclusiones

A lo largo de los últimos sesenta años las mujeres argentinas han atravesado importantes transformaciones culturales, familiares, educativas y económicas. El incremento en las credenciales educativas formales les permitió no solo aspirar a mejores y más satisfactorios puestos de trabajo sino también transformar la forma en que se perciben a sí mismas, cuestionando su rol dentro y fuera del hogar.

Por su parte, la crisis económica, tanto en los 90 como en el 2001, ha empujado la salida de las mujeres al mercado laboral. Muchas veces se dió en reemplazo del principal sostén del hogar y otras tantas para mantener el nivel salarial adquirido con el aporte de su cónyuge.

En la medida en que las mujeres han ingresado de manera temprana al mercado de trabajo con mayor facilidad, han sostenido su actividad a lo largo de los años. Sin embargo, hasta la década de 1970 su participación laboral ha estado fuertemente condicionada por el ciclo de vida.

Históricamente las mujeres casadas han estado subrepresentadas y las solteras y separadas o divorciadas sobrerrepresentadas en el mercado laboral. Esta situación se fue revirtiendo principalmente por el crecimiento del ingreso de mujeres casadas o unidas, particularmente entre aquellas que son madres con hijos pequeños quienes fueron las que aumentaron más fuertemente su participación.

En los últimos veinte años, las mujeres residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires continuaron incrementando su propensión a participar en el mercado de trabajo, alcanzando niveles significativamente elevados. Este proceso a su vez fue acompañado por algunos cambios positivos en lo que respecta a sus condiciones de inserción vis-a-vis los varones: mejoraron su incorporación en puestos de decisión y se acortó la brecha salarial.

Si bien mujeres adultas jóvenes con responsabilidades laborales hoy presentan tasas de participación mucho más elevadas que en el pasado, ellas continúan siendo las principales responsables de las labores domésticas. En efecto, una encuesta reciente sobre uso del tiempo encontró que mientras las mujeres residentes en Buenos Aires dispensan en promedio 4,3 horas al día en trabajo doméstico no remunerado, entre los varones la dedicación es bastante inferior, 2,5hs. Las brechas se repiten si se trata de actividades de apoyo escolar o de cuidado de personas (INDEC, 2014).

A la par, el avance educativo de las mujeres ha aventajado significativamente a sus pares varones. Esta mejora ha redundado en una mayor participación de las mujeres en el mercado de trabajo y en el acceso a empleos de mejor calidad. Ellas por lo tanto tienen la capacidad económica de afrontar en el mercado la adquisición de servicios domésticos y de cuidado. No es lo mismo para las mujeres que han quedado rezagadas en la adquisición de credenciales educativas o que participan de circuitos laborales segmentados. Para ellas la compatibilización entre la esfera doméstica y la participación laboral continúa siendo problemática, particularmente porque el apoyo público de servicios de cuidado es insuficiente y las políticas públicas dirigidas a los sectores más vulnerables no han mejorado sus condiciones de empleabilidad.

Esta tensión se pone de manifiesto en los resultados de este estudio, ya que si bien a nivel agregado los datos sugieren una más elevada y estable participación de las mujeres en el mercado de trabajo a la observada veinte años atrás, también indican que se ha debido en gran medida a los avances educativos y no a una mejora en las condiciones que enfrentan las mujeres con menores recursos para participar de una manera estable. Son estas mujeres las que debieran ser sujeto de políticas activas que faciliten una inserción laboral estable. Esta participación sostenida en el mercado de trabajo, también contribuirá a una mayor equidad de género en el mercado laboral y una reducción de los niveles de pobreza.

Finalmente, se propone a futuro encarar estudios que indaguen las relaciones de poder dentro de la familia y como éstas condicionan la inserción laboral de las mujeres. Explorar, además, cuáles son las disputas internas en las relaciones de pareja y de qué forma el acceso a distintos niveles educativos accionan sobre las mismas. Teniendo en cuenta que los usos del tiempo afectan la disponibilidad para desarrollar trabajos part o full time y que las tareas domésticas continúan recayendo en las mujeres dentro del hogar (a pesar de que puedan o no pagar por ayuda extradoméstica) sería interesante analizar en qué medida las disputas conyugales contribuyen a invertir el rol, tradicionalmente femenino, asociado a las tareas de cuidado.

Bibliografía

Cerrutti, Marcela (2000). “Determinantes de la participación intermitente de las mujeres en el mercado de trabajo en el Área Metropolitana de Buenos Aires”. *Desarrollo Económico*, 39/156: 619-638.

Cerrutti, Marcela (2003). Trabajo, organización familiar y relaciones de género en Buenos Aires. En Catalina Wainerman, ed., *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*. Buenos Aires, UNICEF-Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 19-54.

Cerrutti, Marcela y Binstock, Georgina (2009). “Familias latinoamericanas en transformación: los desafíos y demandas para la acción pública” Serie Políticas Sociales Num. 147, División de Desarrollo Social, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL, Santiago de Chile. Desde página 33.

Cogliandro, Gisell (2010). Madres y trabajo remunerado: Profundización de las brechas en la trayectoria laboral. Buenos Aires: Observatorio de la Maternidad, Newsletter del observatorio No 34, 2010.

Cosse, Isabella (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Esquivel, Valeria; Faur, Eleonor y Jelin, Elizabeth (2012). “Hacia la conceptualización del cuidado: familia, mercado y Estado” en Valeria Esquivel, Eleonor Faur y Elizabeth Jelin (Editoras), *Las lógicas del cuidado infantil: entre las familias, el estado y el mercado*. Buenos Aires: IDES-UNFPA-UNICEF.

Lupica, Carina (2012). El ingreso laboral de las madres solas: Un recurso imprescindible para la manutención económica personal y familiar. Buenos Aires: Observatorio de la Maternidad, Newsletter del observatorio No 58, 2012.

Lupica, Carina y Cogliandro, Gisell (2011). El rol de las madres como proveedoras del hogar: un aporte relevante para las familias y la sociedad. Buenos Aires: Observatorio de la Maternidad, Newsletter del observatorio No 48, 2011.

Lupica, Carina y Cogliandro, Gisell (2013). Cuadernillo estadístico de la maternidad N° 7. Maternidad en Argentina: aspectos demográficos, sociales, educativos y laborales. Procesamiento de datos de la Encuesta Permanente de Hogares, INDEC. Periodo 2006-2012. Buenos Aires: Observatorio de la Maternidad, 2013.

Pautassi, Laura (2013). Perspectivas actuales en torno al enfoque de derechos y cuidado: la autonomía en tensión, en Pautassi, Laura y Carla Zibecchi, *Las Fronteras del Cuidado. Agenda, derechos e infraestructura*. Buenos Aires: Editorial Biblos y ELA.

Pautassi, Laura; Arcidiácono, Pilar y Straschnoy, Mora (2013). Asignación Universal por Hijo para la Protección Social de la Argentina. Entre la satisfacción de necesidades y el reconocimiento de derechos. Santiago, CEPAL-UNICEF, Serie Políticas Sociales No 184, 2013

PNUD (2011) Aportes para el Desarrollo Humano en la Argentina, 2011. Género en cifras: mujeres y varones en la sociedad argentina. Buenos Aires: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD.

PNUD (2014) Aportes para el Desarrollo Humano en la Argentina, 2014. Género en el Trabajo: brechas en el acceso a puestos de dirección. Buenos Aires: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD.

Recchini de Lattes, Zulma (1980). *La Participación Económica Femenina en la Argentina desde la Segunda Posguerra hasta 1970*. Buenos Aires: Cuadernos del CENEP, Num. 11.

Wainerman, Catalina (1979). “Educación, familia y participación económica femenina en la Argentina”, en Desarrollo Económico, IDES, enero-marzo, núm. 72, vol. 18, pp. 511-533.

Wainerman, Catalina (2003). “La reestructuración de las fronteras de género”. En Catalina Wainerman, ed., *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*. Buenos Aires: UNICEF - Fondo de Cultura Económica.